

# EL GENIO ALEGRE

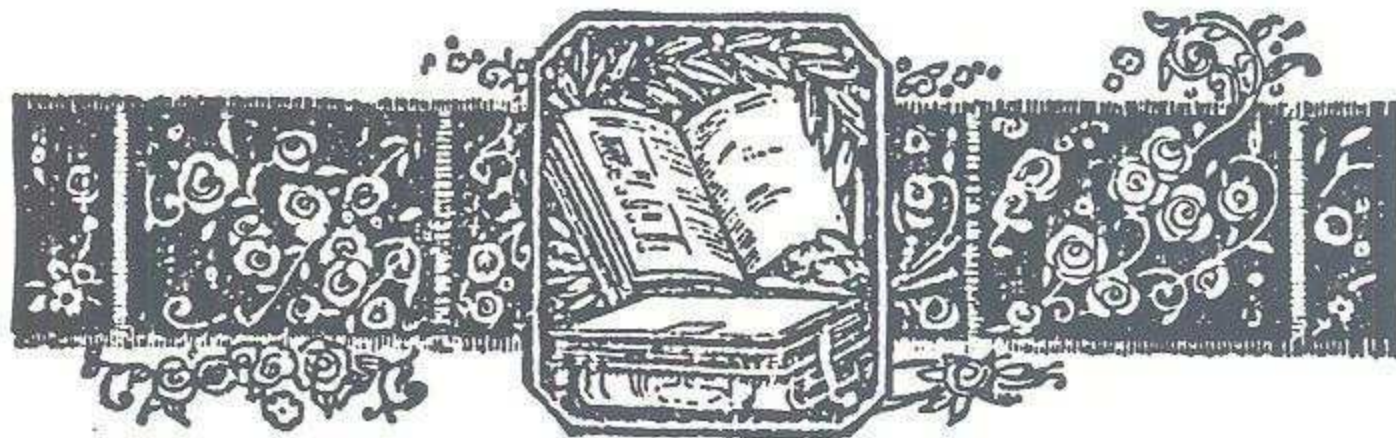
## PERSONAJES:

CONSOLACIÓN	JULIO
DOÑA SACRAMENTO	DON ELICIO
CORALITO	Lucio <sup>1</sup>
SALUD	AMBROSIO
LA CHACHA PEPA	PANDERETA
FRASQUITA	ANTOÑITO
CARMEN	DIEGO
ROSITA	

Todos ellos, a excepción de *doña Sacramento*, *Julio* y *don Eligio*, hablan con pronunciación andaluza, más o menos acentuada, según su clase y condición.

*Doña Sacramento* habla el castellano con reposo y dulzura, aunque con cierta afectación señorial; *Julio*, con la suavidad de un andaluz que ha vivido en Madrid mucho tiempo, y *don Eligio* como si tuviese la lengua de metal y la campanilla de madera.

<sup>1</sup> Se llama la atención sobre el nombre de este personaje, que no es *Lucio*, sino *Lucío*, con acento sobre la *i*.



## ACTO PRIMERO

La escena es en Alminar de la Reina, ciudad andaluza, y en el amplio, vetusto y soseñado patio del palacio de *doña Sacramento Alcázar*, marquesa de los Arrayanes. Al foro, hacia la derecha del actor, está la ancha escalera del palacio, y hacia la izquierda, el portón y una gran ventana con reja, por la que se ve el zaguán. A la derecha hay una sola puerta, y a la izquierda, dos: la del segundo término es más pequeña que las otras, y conduce a la casa de labor. Arcos anchos y airosos, que descansan en gruesas columnas de mármol. El suelo, de mármol también en el centro del patio, y de ladrillo en los corredores. En medio, una fuente. Balcones en el piso superior, que corresponden a los corredores altos. Colgada ante el portón, una gran farola. Pocos muebles; entre ellos, un arcón, un banco, dos sillones y una mesa frailuna. Decoran las paredes retratos al óleo de los ilustres antepasados de la familia, dos de los cuales son un fraile y una monja. Es por la tarde.

(*Don Eligio*, administrador de *doña Sacramento* hace muchos años, y hombre de unos sesenta, aparece vestido con traje negro a la usanza del siglo XVII, y en la actitud que le ha parecido más propia para que lo retrate *Antoñito*. Gasta lentes redondos, lo cual cree que le da cierto parecido físico a *don Francisco de Quevedo*. Claro que

Seminario Multidisciplinario  
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades  
UPR-RP

1179613 MF G/mcdos

no hay tal cosa. Se tiñe la mosca y el bigote, y no se tiñe el pelo porque no le queda ninguno. Antoñito, sentado ante una silla de que se vale a modo de caballete, retrata al óleo a don Eligio. Es un muchacho paliducho y enclenque, gran aficionado a la pintura, de genio avinagrado, y de los que piensan que todo el toque está en pelarse poco y en usar una corbata desafortada.)

Don Eligio.—Me parece que ya falta luz, Antoñito.

Antoñito.—¿Se cansa usted?

Don Eligio.—Yo no me canso nunca.

Antoñito.—Pues luz hay de sobra.

Don Eligio.—Cierto que en este mes es cuando oscurece más tarde. Lo que sí quiero es que, desde mañana, nos vayamos a pintar al jardín, o al patinillo, o a la azotea, o al corral.

Antoñito.—Es que a mí me gusta más este fondo.

Don Eligio.—Pues pinta el fondo cuando termines la figura; porque, la verdad, es triste gracia que todo el que llegue a esa puerta tenga algo que mirar o que decir de mi catadura. Ya se me alcanza a mí que es extraño capricho este de que tú me retrates de esta guisa; pero no hay por qué darle dos cuartos al pregonero. (*Diego, viejo cochero de la casa, asómase por la ventana zaguán en traje de faena.*)

Diego.—Señó administradó.

Don Eligio (*Estremeciéndose*).—¿Eh? ¡Ah!, ¿eres tú? ¿Qué sucede?

Diego.—¿Engancho o no engancho?

Don Eligio.—No enganches. La señora no sale hoy.

Diego.—¿Ni er, señorito Julio?

Don Eligio.—Ni el señorito Julio.

Diego.—Cüeno está. (*Retúrase.*)

## EL GENIO ALEGRE

Don Eligio.—¿Ves tú? No gano para sustos, Antoñito.

Antoñito.—Dejémoslo, si le parece a usted.

Don Eligio.—Sí, sí; dejémoslo.

Antoñito.—Hoy hemos trabajado mucho. (*Mientras va recogiendo sus bártulos, echándole miradas a su obra con los ojos plegados, don Eligio la examina detenidamente.*)

Don Eligio.—A ver, a ver... Lo que te dije ayer, Antoñito: los pies grandes y la cabeza chica.

Antoñito (*Sulfurándose*).—¿Sí, eh? Don Eligio, mírese usted al espejo.

Don Eligio.—Paso, paso; la justa proporción de la figura humana son siete cabezas, y esta figura tiene más de siete cabezas.

Antoñito.—¡Y usted también!

Don Eligio.—¿Que yo tengo más de siete cabezas?

Antoñito.—¡Sí señor! Además, usted entenderá de libros antiguos y de administrar bienes ajenos, pero no sabe usted una papa de arte.

Don Eligio.—Primero: la papa no es unidad de medida para el arte; segundo: entiendo de arte y de todo más que tú, pintamonas...

Antoñito.—¡Que lo estoy retratando a usted!

Don Eligio.—Déjate de chanzas. Y tercero: tienes una vanidad que puede ser grave enemiga de tu talento. Tu padre, humilde servidor de nuestra señora la marquesa, hace esfuerzos por completar tu educación artística, y tú no corresponderás a ellos como debes, desoyendo los consejos de las personas serias. Si ahora crees que pintas ya como Velázquez...

Antoñito.—¡No lo permita Dios!

Don Eligio.—¡Blasfemo! ¿Qué dices?

*Antoñito.*—¡Que tengo a Velázquez por una máquina de pintar! ¡Por un practicón!

*Don Eligio.*—¡Calla, Antoñito, calla, si no quieres que te tire la caja de pinturas a la cabeza!

*Antoñito.*—¡Abajo idolillos!

*Don Eligio.*—¡Oh! Juventud presuntuosa, juventud necia! En mi libro sobre las personalidades ilustres de Alminar de la Reina, no te concederé un lugar ni en la fe de erratas. Abre, que están llamando.

*Antoñito.*—Ya abrirán las criadas.

*Don Eligio (Yéndose escaleras arriba.)*—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué cosas se oyen! La culpa tiene quien se deja retratar por un tal mocoso.

*Antoñito.*—Es idiota. ¡Vamos a pasarnos aquí la vida entera admirando a Velázquez y al otro cursi de Murillo! ¡Bah! (*Llaman al portón más fuerte.*) Pues, señor, me han tomado por el portero. (*Va a abrir, por fin, y al darse de manos a boca con Ambrosio, le dice en tono despectivo*): ¡Ah!, ¿eres tú?

*Ambrosio.*—Yo zoy; ¿qué pasa?

*Antoñito.*—¡Qué has podido entrar por el postigo!

*Ambrosio.*—¿Zí, verdá? Tu padre entra aquí por esta puerta principá, porque no hay otra más principá toavía.

*Antoñito.*—¡Cualquier cosa! (*Ambrosio, padre de Antoñito y antiguo mayordomo de doña Sacramento, es un viejo de blancos cabellos y rostro encendido. Un rayo no lo parte. Viene del campo. Viste sombrero ancho, chaquetón al hombro, faja y zahones.*)

*Ambrosio.*—¿Y la zeñora?

*Antoñito.*—¿Yo qué sé? ¿Soy yo el perro de la zeñora?

*Ambrosio.*—¿Yo, zoy tu criaio pajolero niño? Te vas a ganá un día una bofetá por ezas contestaciones que tienes,

## EL GENIO ALEGRE

27

que ze te va a queá la corbata chica. Vamos a vé qué has pintao hoy.

*Antoñito.*—Cómo si mirara la pared. ¡Lo que tú entiendas!

*Ambrosio (Contemplando el retrato de don Eligio y meneando la cabeza en son de burla.)*—¡Bendito zea Dios!

*Antoñito.*—Papá, papá; contén la jaca.

*Ambrosio.*—¡Bendito zea Dios! Hay en er pueblo ca patio que ze funde e flores; ca azotea que marea la vista; ca peazo e campo que ez una gloria e Dios; ca mocita que ez un amanecé de mayo; y to lo que ze te ocurre a ti es pintá este mochuelo.

*Antoñito.*—¡Papá!

*Ambrosio.*—Porque esto ez un mochuelo; con eza nariz y ezas dos reondelas en loz ojos... ¡A vé!

*Antoñito.*—Vaya, tienes el don de sacarme de quicio. (*Coge con vehemencia todos sus trastos y echa a correr hacia la casa de labor.*) ¡Que te alivies!

*Ambrosio.*—¡Jezús! ¡Ayá va ezo! Paece un cohetito de a ochavo. ¿A quién zardrá eze pajolero niño con eze pajolero genio? ¡Mar fin tenga la bilis!

(*Por la escalera baja en esto pausadamente la zeñora marquesa de los Arrayanes. Es una dama de hasta sesenta años, y de porte grave y majestuoso. En su abril fué sin duda muy hermosa. Conserva toda la dentadura y se cuida las manos con primor. Sus cabellos son blancos; sus ropas, negras y sencillas. Usa toca de seda y gafas de oro.*)

*Doña Sacramento.*—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? ¿Con quién reñías?

*Ambrosio.*—Buenas tardes, zeñora.

*Doña Sacramento.*—Buenas tardes.

*Ambrosio.*—¿Con quién había de zé? Con eze hijo que Dios me ha dao, que me va a zacá er zó de la cabeza.

*Doña Sacramento (Después de sentarse en un sillón.)*—¿Vienes del campo?

*Ambrosio.*—Der campo vengo.

*Doña Sacramento.*—Tengo que ir una de estas tardes.

*Ambrosio.*—Años hace ya que no ze ve er campo tan bonito. Hasta en la arena y en los chinarrales han zalío espigas. Por la vera'er Zotiyo, zeñora, er trigo tapa ya a loz hombres.

*Doña Sacramento.*—El Señor ha oído nuestras preces.

*Ambrosio.*—Er año pazao se hizo er zordo.

*Doña Sacramento.*—¿Qué dices? El Señor oye siempre a los pecadores, y puede castigarte porque dudes de su bondad infinita para con nosotros.

*Ambrosio.*—La zeñora me perdone. Ze me fué er tapón.

*Doña Sacramento.*—¿La gente está buena?

*Ambrosio.*—Buena ezta toa. Y trabajando mu a gusto. Gaspariyo er del aperaó ez er que anda azí por lo mediano.

*Doña Sacramento.*—Pues, ¿qué le sucede a Gasparillo?

*Ambrosio.*—Zeñora, que es mu bestia, y le gustan los higos a perezé, y la otra tarde ze lió con eyos y ze comió tres varas e vayao.

*Doña Sacramento.*—¡Ave María!

*Ambrosio.*—Loz hay que no escarmientan nunca. (*Dentro, hacia la casa de labor, óyese a Lucío, que se acerca al patio, cantando la siguiente copla:*)

*Vente conmigo ar molino  
y serás mi molinera;  
le echarás trigo a la torva  
mientras yo pico la piedra.*

#### EL GENIO ALEGRE

(*Durante el canto, doña Sacramento y Ambrosio continúan hablando.*)

*Doña Sacramento.*—¿Quién canta así?

*Ambrosio.*—Lucío, que paece una cigarra.

*Doña Sacramento.*—Bien se conoce que lleva en mi casa pocos días.

*Ambrosio.*—Er ze irá haciendo a los gustos de acá. No es malo, zino que ez un chiquiyo, y acostumbrao a la libertá der cortijo, no repara. (*A Lucío, que sale en este momento rematando su copla.*) ¡Cáya, hombre! ¿No estás viendo que está aquí la zeñora, peazó e bruto?

*Lucío (Riéndose.)*—¿Cómo iba a verlo con la puerta cerrá, zeñó Ambrosio?

*Doña Sacramento.*—Lucío.

*Lucío.*—¿Qué manda su mercé?

*Doña Sacramento.*—Ven acá; acércate.

*Ambrosio.*—Me da a mí er corazón que tú vas a vorvé mu pronto a agarrá el arao.

*Lucío.*—¿Yo? ¿Por qué? ¿He hecho yo arguña cosa mala?

*Doña Sacramento.*—Callad.

*Ambrosio.*—¿Estará don Eligio en zu despacho, zeñora?

*Doña Sacramento.*—Seguramente.

*Ambrosio.*—Con permizo de usté voy a verlo. (*Sube. Lucío es un zagal tosco, de alma infantil y risa bulliciosa y fresca.*)

*Doña Sacramento.*—Oye, Lucío.

*Lucío.*—¿Me va usted a reñí?

*Doña Sacramento.*—Sí que voy a reñirte.

*Lucío (Afligido.)*—¡Mardito zea er demonio! ¡Ezo ez arguña mentira que le han contaó a usté! ¿Quién ha zío er chivato?

*Doña Sacramento.*—¡Schss! ¿Qué palabrota es ésa?

*Lucío.*—*Chivato* quié decí soplón, con permiso de la zeñora.

*Doña Sacramento.*—Bueno, bueno, déjame hablar a mí. Todas las tardes, cuando se descorre la vela, vienen las golondrinas a los alambres y me cuentan a mí lo bueno y lo malo que se hace en mi casa durante el día.

*Lucío.*—¡Misté las golondrinas también!

*Doña Sacramento.*—Esta casa, Lucío, no es una casa como las demás: es una casa seria; no lo olvides nunca. Pasas el día cantando y riendo; alborotando en la cocina, en las cocheras y en el corral. Está mañana, durante la misa en la capilla, quitaste a todos la devoción aguantando la risa.

*Lucío.*—Es que me jicieron gracia dos moscas que ze iban perziguiendo.

*Doña Sacramento.*—Pues cuando se oye misa, no se mira más que al altar.

*Lucío.*—Yo iré aprendiendo a poquito a poco.

*Doña Sacramento.*—Porque confío en que lo harás así, no te he devuelto ya al cortijo.

*Lucío.*—Dios ze lo pague a ustedé. (*Lloriqueando.*) Zi ustedé me mandara a mí ar cortijo, ¡márdita zea!, me tiraba ar pozo er día menos penzao, por no verme ayí.

*Doña Sacramento.*—No te apures, hombre. Tan pronto lloras como ríes. Pareces loco.

*Lucío.*—Es que er campo no es pa mí, zeñora. Ayí loz hombres no zon más que unas bestias, y yo quieo zé un hombre como loz hombres. No me parió mi madre a mí...

*Doña Sacramento.*—Reporta tu lenguaje, Lucío.

*Lucío.*—¿También está mar dicho que me parió mi madre? Po zi no me parió mi madre, ¿quí jizo entonces?

## EL GENIO ALEGRE

Enzéñemelo ustedé, doña Zacramento, que nadie nacemos zabi-jondos.

*Doña Sacramento.*—Calla, calla.

*Lucío.*—Lô que yo he querido decí, zeñora, zino que por lo visto me iba exprezando malamente, es que yo no he venío ar mundo pa destripá terrones. ¡Ze me figura a mí! ¡Tengo yo muchas cozas en la cabeza!... Er manijero deí cortijo ze queaba embobao oyéndome hablá. Er manijero y tós. Una noche, en la gañanía, me puze a jazé una explicación de laz estreyas, y de cayaos que estaban loz hombres, jasta er viento ze zentía corré por los trigos.

*Doña Sacramento.*—Bien, bien. Ya sé que eres listo, aunque está mal que te alabes de ello; pero si no te enmiendas pronto, a la gañanía volverás a seguir embobando a los gañanes.

*Lucío.*—Güeno, vamos a vé: ¿qué es lo peó que he jecho: lo de las moscas?

*Doña Sacramento.*—Son muchas cosas juntas; de sobra lo sabes. Ayer metiste por el postigo a unos amigotes, y hubo en la casa de labor vino y fiesta.

*Lucío.*—¿Quién habrá zío er *chivato*? No quiziea más que cogerlo pa darle azín en mitá e la cara.

*Doña Sacramento.*—¡Lucío!

*Lucío.*—Lo que pazó, zeñora, es que vinieron tres paizanos a verme, con un chavá que ze ha criaio conmigo y ya está jecho un hombre, y yo me alegré mucho y le zaqué un *verzo*. Le dije, digo...

*Doña Sacramento.*—No lo quiero saber.

*Lucío.*—Zi es pa que vea zu mercé que no es ninguna picardía. Le dije, digo...

Este amigo que está aquí  
se yama Francisco Ozuna,  
y por ezo es menesté  
que pague er vino y las acitunas.

(Se ríe escandalosamente.)

*Doña Sacramento.*—Mira, mira; no te rías así.

*Lucío.*—Me río porque tuvo que convidarnos. ¿También está malamente reírse?

*Doña Sacramento.*—Con escándalo, sí. ¿O te piensas que sigues aún en lo alto de los cerros?

*Lucío.*—¿Yo qué vi a penzarme, zeñora?

*Doña Sacramento.*—Silencio. La oración. (Principia a oírse lejos el toque de Angelus. Atraídos por él, y según costumbre de la casa, vienen todos los criados y servidores a rezar la oración donde está la señora. Lucío le abre el portón a Diego, el cochero; por la puerta de la casa de labor salen Frasquita y Carmen, criadas viejas, y por la escalera bajan Ambrosio y don Eligio. Este último vestido ya con su traje ordinario de americana. Cuando están todos, doña Sacramento pregunta:) ¿Y mi hijo?

*Don Eligio.*—Señora, no lo sé. Presumo que se hallará en sus habitaciones.

*Doña Sacramento (Con tristeza.)*—Hasta de esto se olvidada. (Comenzó a rezar.) «El Ángel del Señor anunció a María, y concibió del Espíritu Santo. Ave María, Dios te salve, María...» (Continúa rezando entre dientes.)

*Criados.*—«Santa María, Madre de Dios...» (Siguen ellos lo mismo.)

*Doña Sacramento.*—«He aquí la sierva del Señor. Hágase en mí según tu palabra. Ave María, Dios te salve, María...»

EL GENIO ALEGRE

*Criados.*—«Santa María, Madre de Dios...»

*Doña Sacramento.*—«El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Ave María, Dios te salve, María.»

*Criados.*—«Santa María, Madre de Dios...»

*Doña Sacramento (Después de terminar la oración entre dientes.)*—Amén. (Se santigua.) Buenas noches. (Todos se santiguan también y contestan a las buenas noches, aunque claro está que no a coro. Luego, primero don Eligio y después los demás, van besando uno a uno la mano de la señora. Ambrosio y las criadas se entran en la casa de labor; Diego, por el portón, que deja entornado, vuelve a las cocheras; Lucío se va arriba, y don Eligio se queda en el patio. Hay una pausa.)

*Don Eligio (Calándose los lentes redondos, como en todos los momentos solemnes.)*—¿En qué piensa mi señora la marquesa?

*Doña Sacramento.*—Amigo Frías, ¿en qué he de pensar? Usted lo sabe.

*Don Eligio.*—Le ha disgustado a la señora que el señor marqués no baje a rezar la oración.

*Doña Sacramento.*—No es eso sólo. Es que parece que se goza en mortificarme, desdeñando o tomando a burla todas las severas prácticas de esta casa.

*Don Eligio.*—Sí, señora, es muy cierto.

*Doña Sacramento.*—Ayer tarde vinieron a verme el señor vicario, el señor marqués de la Cava y doña O, personas las tres graves y sesudas, y él se pasó toda la visita divirtiéndose cuanto pudo a costa de ellas. Si no se marchan pronto, tienen que sangrarme.

*Don Eligio.*—En ese respecto el señor marqués es incorregible. A mí, según el dicho vulgar, me trae frito.

*Doña Sacramento.*—Le consta que es tradición de familia que la puerta de esta casa se cierra todas las noches a las diez. Pues bien; una noche que pase aquí, ha de recogerse lo más temprano a las diez y media, para que la puerta no se cierre a las diez, y alterar la costumbre, y dar que decir a la gente.

*Don Eligio.*—Y lo que es más grave, mi señora: entra a las diez y media por el portón, y a las once se va a la calle por el postigo.

*Doña Sacramento.*—¿Por el postigo? ¿Qué me cuenta usted? Y ¿adónde va tan a deshora, señor de Frías?

*Don Eligio.*—Señora marquesa, no lo sé; pero sospecho que no irá a contemplar la ciudad a la luz de la luna.

*Doña Sacramento.*—¿Ve usted? Cada viaje de mi hijo a esta casa me cuesta a mí un año de vida. ¿Quiere usted mayor suplicio para una madre que adora en él? Ayer de mañana llegó, y ya estoy deseando que se vaya.

*Don Eligio.*—Y yo; con todos los respetos.

*Doña Sacramento.*—Sí, sí; que se vaya otra vez a Madrid, o a Granada, o a Sevilla, o adonde quiera; a vivir solo, como un aventurero; a arrastrar su título por el Albaicín o por Triana; a derrochar su hacienda con mujeres indignas y con amigos de la peor estofa; a envenenar su cuerpo, a perder su alma y a entregarla al diablo. ¡Ay! ¡Soy muy desgraciada, amigo Frías! ¿A quién saldrá ese hijo con esa cabeza tan loca?

*Don Eligio.*—A mí no...

*Doña Sacramento.*—A usted no tenía por qué salir.

*Don Eligio.*—Perdone. A mí no se me alcanza.

*Doña Sacramento.*—¡Ah!

*Don Eligio.*—Porque el señor marqués, su señor padre,

## EL GENIO ALEGRE

35

fué siempre hidalgo de muy caballerosas costumbres, y mesurado en el hablar.

*Doña Sacramento.*—¡Oh, si mi marido levantara la cabeza, y viera que su único hijo, el actual marqués, tiene cubiertas las paredes de su dormitorio, en el palacio solariego de los Arrayanes, con retratos de cómicas y de bailarinas!... ¡Oh!

*Don Eligio.*—Y una Venus de Médicis encima de la mesa de noche.

*Doña Sacramento.*—¿Usted la ha visto, señor administrador?

*Don Eligio.*—Sí, señora; pero desde el punto de vista artístico; como un tal hombre como yo puede ver esas desnudeces.

*Doña Sacramento.*—Ya. Y, dígame usted, querido Frías, puesto que hay que hablar de ello: Julio ¿habrá venido por dinero, como siempre?

*Don Eligio.*—Nunca viene a otra cosa.

*Doña Sacramento.*—¿Debe?

*Don Eligio.*—Hasta el modo de andar, según otra dicho del vulgo, que a las veces acierta con lo gráfico de la expresión.

*Doña Sacramento.*—Y ¿cuánto quiere?

*Don Eligio.*—¿Lo digo?

*Doña Sacramento.*—Pues ¿no lo pregunto?

*Don Eligio.*—Basta. Necesita... dice que necesita veinte mil pesetas.

*Doña Sacramento.*—¡En el nombre del Padre!

*Don Eligio.*—Esa fué mi exclamación al oírlo, señora marquesa. Y añadí: y del Hijo, y del Espíritu Santo. (*Baja Lucio y enciende las luces de la escalera, del zaguán y del patio. Luego se va a la casa de labor.*)

*Doña Sacramento.*—Niégueselas usted en redondo. Que hable conmigo. ¿Se ha propuesto quizás que concluyamos por pedir limosna?

*Don Eligio.*—Es literalmente insensato, si la señora marquesa me permite expresarme así.

*Doña Sacramento.*—Insensato, insensato. Bien claro lo vió usted, mi querido Frías: mi hijo hallaba un freno en la disciplina militar; pidió su reemplazo en Madrid pretextando el deseo de vivir en mi compañía, y no sólo no vive conmigo, sino que ha dado a sus vicios rienda suelta. (*Pausa. Sale por el portón la Chacha Pepa. Es una viejecita del pueblo, que habla a tontas y a locas, chocha ya por el peso de los años.*)

*Chacha Pepa.*—¿Ze pué pasá?

*Don Eligio.*—¿Otra vez aquí?

*Doña Sacramento.*—¿Quién? ¡Ah! La Chacha Pepa. ¿Qué quieres?

*Chacha Pepa.*—Dios guarde a usté, doña Sacramento. ¿No ha venio la niña toavía?

*Doña Sacramento.*—Si la niña no viene hasta el domingo, mujer.

*Don Eligio.*—Si ya hemos quedado en avisarte, Pepa.

*Chacha Pepa.*—No ze incomode usté, don Ramón. Doña Sacramento. dígame usté que no ze incomode. Hágaze usté cargo que la he tenio en mis brazos, que le he cantao la nana. que le he dao mi zangre... y que ya va pa veinte años que no la veo. ¡Niña de mi vía, qué ganas tengo de comerle a bezos la cara! ¿Vendrá con er marío, no?

*Doña Sacramento.*—¿Estás loca, Chacha? ¿De dónde sacas que mi sobrina se ha casado?

*Chacha Pepa.*—¡Ay, qué torpe! Aquí está don Pedro. que me lo dijo.

## EL GENIO ALEGRE

37

*Don Eligio.*—¿Dónde está don Pedro?

*Chacha Pepa.*—¿Usté no es don Pedro? Pos ¿cómo ze yama usté, que ziempre me trabuco?

*Don Eligio.*—Don Eligio. Y yo no he podido decirte palabra de ese casamiento.

*Chacha Pepa.*—¿No?

*Doña Sacramento.*—Es que te has confundido, Pepa.

*Chacha Pepa.*—¿Zí?

*Doña Sacramento.*—Sí. El que se ha casado es mi pariente don Alfonso, el señor conde de la Luz. ¿Tú no te acuerdas de él?

*Chacha Pepa.*—¿No tengo de acordarme? A mí las cosas de acá no ze me orvían. Eze don Arfonzo y la madre de la zeñorita Conzolación eran hermanos.

*Doña Sacramento.*—Justamente. Y fué quien se hizo cargo de la niña cuando murió su padre. mi pobre hermano Rafael.

*Chacha Pepa.*—¡Ah, don Rafaé! ¡Cómo ze me representa a mí don Rafaé! Andaba azí, con los brazos mu meneaos. ¡Miste que cazarse ahora don Rafaé!

*Don Eligio.*—¿Cómo don Rafael?

*Chacha Pepa.*—Digo, don Rafaé; pobrecito. ¿Don Alonzo no ez er que ze ha cazao?

*Don Eligio.*—¡Don Alfonso!

*Chacha Pepa.*—¿Qué más da don Arfonzo que don Alonzo? Y ¿con quién ze ha cazao, a la edá que tiene er güen zeñó?

*Doña Sacramento.*—Mujer, ya te lo hemos dicho cien veces: con una joven de Solar del Rey, donde reside.

*Chacha Pepa.*—¡Ay!, zí, zeñora, zí. Por zi er motivo de venirze acá la zeñorita Conzolación es que no ze yeva bien con la zeñora de don Arfonzo. ¿No es verdá?



*Doña Sacramento.*—Verdad.

*Chacha Pepa.*—¿Ve usted cómo me acuerdo mu bien? No ze enfurruñe usted, zeñó, que ya me voy. ¿De manera que la niña viene aluego?

*Don Eligio.*—¡No!

*Chacha Pepa.*—Güeno, por quié decí que usted me mandará una razón azina que yegue. De eza manera no incomodo. Miste que mi pobrecito Juan está impedío, y no hace más que pincharme pa que venga a preguntá por la niña. Y yo, que necezito poco, pos nos juntamos el hambre y la gana e comé. ¡Zeñó, zi mis brazos han zío zu cuna, zi la he enzeñao a hablá, zi le dao la zangre e mis venas!... Estará ya hecha ùna rear moza. ¿Quién me contó a mí que la había visto y que era mu bonita? Mi comadre, la mujé de mi compadre Antonio, que vino aquí por una promeza. ¡Ay, zeñó, cómo vuela er tiempo! Ya me voy, ya me voy. Doña Zacramento, que usted ziga güena. Don Benito, quéeze usted con Dios.

*Doña Sacramento.*—Adiós, Chacha.

*Don Eligio.*—Adiós, mujer, adiós. (*Vase por el portón la Chacha Pepa, charlando sola.*)

*Doña Sacramento.*—Esta infeliz de Pepa no sabe ya dónde está de pie.

*Don Eligio.*—No lo sabe.

*Doña Sacramento.*—Verdaderamente, chochea. Y la noticia de la llegada de mi sobrina Consolación, a quien ella ha criado, le ha vuelto el poco juicio que le quedaba.

*Don Eligio.*—La señorita Consolación ¿llegará seguramente el domingo próximo?

*Doña Sacramento.*—Con la voluntad de Dios así será. Al menos tal me dice en su última carta. Deseo verla aquí.

EL GENIO ALEGRE

Espero hallar en ella una consoladora compensación a las amarguras que me proporciona mi hijo.

*Don Eligio.*—Amén.

*Doña Sacramento.*—Es joven; es rica; seguramente es buena. Gozo yo, amigo Frías, encauzando estas vidas juveniles que el azar, o la mala educación, o la falta de sentimientos cristianos puede malograr o perder.

*Don Eligio.*—Aquí baja el señor marqués de los Arrayanes. Con la venia de la señora marquesa, yo me quito de en medio.

*Doña Sacramento.*—Así como así, deseo conversar a solas con mi hijo.

*Don Eligio.*—No lo olvide usted; veinte mil pesetas. (*Se va por la puerta de la derecha como gato que teme una pedrada. Julio, que lo ve, baja las escaleras riéndose. Es un muchacho alegre y decididor, fuerte y sano, y nada gomoso. Viste un traje sencillo de casa.*)

*Doña Sacramento.*—¿De que te ríes Julio?

*Julio.*—Del gran don Eligio, que se escabulle en cuanto me ve. Me teme más que a un tiro con sal.

*Doña Sacramento.*—Justificadamente, por supuesto; lo mortificas con tu informalidad y con tus chanzas de mal gusto.

*Julio.*—Eso te cuenta él; pero lo que hay es que le he descubierto una aventurilla amorosa que tiene por el barrio de los gitanos.

*Doña Sacramento.*—Mira, Julio, tus chocarrerías me lastiman a mí más que a él. Don Eligio es incapaz de lo que le atribuyes. Don Eligio es un hombre serio.

*Julio.*—¡Ay, mamá. perdóname: pero se la tengo jurada a esos que tú llamas hombres serios!

*Doña Sacramento.*—Así andas tú, mala cabeza. Tenemos que hablar, y no poco.

*Julio.*—¡Hola! ¿El sermón de todos los viajes? Pensé que esta vez me escaparía.

*Doña Sacramento.*—¿Estás decidido a marcharte mañana?

*Julio.*—Decidido.

*Doña Sacramento.*—¡Y viniste ayer! ¿A Granada, naturalmente?

*Julio.*—Naturalmente.

*Doña Sacramento.*—Ahora sopla el viento de Granada.

*Julio.*—Es una tierra hermosa. En ninguna de las que yo conozco se ama la vida tanto como allí.

*Doña Sacramento.*—¿Ni en Alminar de la Reina, al lado de tu madre?

*Julio.*—No te enfades, mamá; a tu lado viviría yo siempre. Cuando no vivo es porque no puedo. Somos incompatibles. Vemos la vida de distinta manera, y desde este momento, al hacer yo la mía, amargo la tuya sin querer. Para ti la vida es un martirio; para mí es un regalo. Para ti el mundo es un valle de lágrimas; para mí es un campo de flores. Tú quieres vivir encerrada en un calabozo; yo quiero que me dé el sol en la cara. Si la vida es alegre, como creo, ¿por qué entristecerla? Y si es triste, como piensas tú, ¿no es humano alegrarla un poco?

*Doña Sacramento.*—¡Alegrar la vida! ¿Y tú le llamas alegrar la vida a vivir como vives?

*Julio.*—¡Claro! ¿No es alegre mi vida?

*Doña Sacramento.*—De puro alegre es loca.

*Julio.*—Pues ya ves si la llamo bien.

*Doña Sacramento.*—Bueno. Julio: esto es menester que concluya.

#### EL GENIO ALEGRE

41

*Julio.*—¿Esto? ¿Y qué es esto?

*Doña Sacramento.*—No finjas. Sé a lo que has venido.

*Julio.*—Don Eligio, el administrador, me parece que también sabe algo.

*Doña Sacramento.*—Déjate de burlas. Sé cómo vives. ¿No te avergüenza que a todo un marqués de la ilustre casa de los Arrayanes, en una ciudad como Granada, lo señale la gente por derrochador y por tramposo?

*Julio (Con gravedad cómica.)*—¡Ah, sí! Me avergüenza que me señalen por tramposo. Por eso quiero pagar cuanto antes; para evitar una cosa tan fea.

*Doña Sacramento.*—Y volver a empezar la madeja, ¿verdad? ¿No te enciende la cara que de una mujerzuela de mal vivir se diga en todas partes: «Esa es la... amiga del marquesito»?

*Julio.*—Lo primero, mamá, que quien me critique por eso, es porque deplora que no pueda decirse lo mismo de él; y lo segundo, que eso no es más que un sueño, hijo de tu candoroso prejuicio de cierta vida.

*Doña Sacramento.*—¿Vas a negarme a mí lo que se pregona a los cuatro vientos? ¿Crees que yo, por desgracia, no sé que la afición a las mujeres te domina, te ciega?

*Julio.*—Ni me domina ni me ciega; es simplemente que me gustan a perecer. Más te digo: creo que sin ellas no valdría la pena de vivir en el mundo. Por algo Dios, que es tan sabio, ha creado siete mujeres para cada uno de nosotros.

*Doña Sacramento.*—¡Jesús, Dios mío! ¡Qué disparate!

*Julio.*—Estoy convencido, mamá. En vida de cada hombre, ocultas o a la luz del sol, hay siete mujeres. Sólo que yo tengo la franqueza de confesarlo, y los hombres serios le dicen al mundo que van al Casino, o a una junta cual-

quiera... , o a velar a un enfermo... , y yo sé dónde van...

*Doña Sacramento.*—¡Silencio, Julio! Cuando te oigo desbarrar de esa manera, cada día más despeñado hacia tu perdición, temo y deseo al mismo tiempo que estos venerables retratos que nos escuchan se animen con vida momentánea tan sólo para acusarte y confundirte.

*Julio.*—¡Mamá, por Dios, mamá! Que aquí estamos hablando familiarmente y en confianza; que no estamos ante la Historia, que miente mucho. Si cualquiera de estos varones, antepasados míos, a quienes yo venero y respeto como hombres de honor, sintiera de improviso correr por su cuerpo un soplo de vida, no dudes que lo aprovecharía para decirme: «Julio, vámonos a conocer a esa moza.»

*Doña Sacramento.*—¿Qué estás diciendo?

*Julio.*—La pura verdad. (*Señalando sucesivamente a varios retratos.*) Mira: el primer marqués de los Arrayanes, don Gonzalo de Miranda, dejó al morir siete bastardos nada menos.

*Doña Sacramento.*—¡Julio!

*Julio.*—Eso, que se sepa. El venerable y reverendo Fray Tomás, modelo de virtudes, dejó...

*Doña Sacramento.*—¡Julio!

*Julio.*—Dejó un hospital para leprosos, cuando ya el buen señor no podía dejar otra cosa. El diablo harto de carne... Sor Teresa de la Caridad...

*Doña Sacramento.*—¡Calla!

*Julio.*—Sor Teresa...

*Doña Sacramento.*—¡Te mando que calles! ¿No contento con prostituir tu presente, osas manchar y oscurecer tu pasado?

*Julio.*—Nada de eso, mamá; recuerdo sólo los hechos

## EL GENIO ALEGRE

que fueron; declaro la verdad lisa y llana. Tu mismo abuelo, hombre intachable, aunque de buen humor, escribió un libro lleno de gracia, que a escondidas leí yo cuando niño, y en el cual pude ver impresas todas esa hazañas que ahora te escandalizan tanto.

*Doña Sacramento.*—Ese libro se quemó y no hay que hablar de él.

*Julio.*—Pues no debe quemarse ningún libro que diga la verdad.

*Doña Sacramento.*—La verdad, la única verdad que aquí existe, es que eres incapaz de enmienda; es que me hieres con tus liviandades; es que me matas con tu falta de seso y de moralidad, con tu desdén por cuanto yo más amo y venero. ¡Oh! No eran como tú, ciertamente, aquellos mozos de Alminar de la Reina que en la bodega de esta casa se adiestraron en el manejo de las armas y que luego se batieron en Bailén.

*Julio.*—No, no eran como yo; ciertamente valían más que yo. Pero tampoco eran como esos a quienes tú llamas ejemplares y con quienes me das en cara a cada paso. Digo de estos de ahora, frívolos, hipócritas, calculadores... a los veinte años, incapaces de apasionarse ni por una mujer ni por una idea; jóvenes sin juventud, negros como sotana por dentro y por fuera, que no llevan en la cabeza más que plan de una buena boda, ajustando a la novia como una finca o como una jaca. Créeme, mamá; créame usted, señora marquesa de los Arrayanes: seguramente se parecían más a mí que estos otros aquellos mozos que se batieron en Bailén. Y doblemos la hoja, que por excepción me he puesto serio, y temo parecerme a don Eligio, que sería lo peor.

*Doña Sacramento.*—¿Quieres dejar en paz a don Eligio?

Este buen hombre, honrado administrador de nuestros bienes, merece todos mis respetos.

*Julio.*—Y los míos. Y aun pienso darle un beso en cada mejilla, con mucho cuidado, para no desteñirle el bigote, en cuanto me entregue lo que le he perdido.

*Doña Sacramento.*—¡Oh! En este particular ya tiene mis órdenes más terminantes.

*Julio.*—Las quebrantaré, de seguro.

*Doña Sacramento.*—¿Cómo?

*Julio.*—De seguro. ¿No ves que lo domino? Tengo su secreto... , y el hombre que tiene el secreto de otro, es su amo. Además, pienso llegar, para ablandarlo, hasta la adulación más baja. El ha escrito un libro de erudición, al que no hay manera de hincarle el diente. Tiró mil ejemplares, y hoy tiene en casa cerca de dos mil. La edición ha crecido, que es el colmo de no venderse. Pues en cuanto le diga yo que sé de dos o tres compradores entusiastas... no resiste. Se vuelve loco y se me rinde sin condiciones.

*Doña Sacramento.*—Tú sí que eres loco de atar.

*(A la puerta de la calle se supone que para un coche, cuyo cascabeleo se ha sentido y se ha ido acercando momentos antes.)*

*Julio.*—¿Qué es eso, un coche?

*Doña Sacramento.*—Así parece.

*Julio.*—Y ha parado aquí.

*Doña Sacramento.*—¿A estas horas? Lo extraño mucho. *(Se asoma Diego alborozado por la ventana del zaguán.)*

*Diego.*—¡Doña Sacramento! ¡Doña Sacramento!

*Doña Sacramento.*—¿Qué pasa?

*Diego.*—¡Que aquí está ya la señorita Consolación!

*Doña Sacramento.*—¿Mi sobrina? ¿Qué dices, hombre?

## EL GENIO ALEGRE

*Diego.*—¡La mismita! ¡La mismita en persona! ¡Míste-la! *(Retírase corriendo hacia la puerta y vuelve luego.)*

*Julio.*—¡Cuánto me alegro! Así la veo antes de irme.

*Doña Sacramento.*—Pero si no puede ser... si no debía llegar hasta el domingo. *(A don Eligio, que sale por donde antes se fué.)* ¿Usted oye esto, amigo Frías?

*Don Eligio.*—He oído los cascabeles de un vehículo.

*Doña Sacramento.*—¡Pues creo que es mi sobrina que ha llegado!

*Don Eligio.*—¿Su sobrina? *(Lleno de asombro.)* ¿Sin telegrama previo? Vamos a ver, vamos a ver...

*Julio (Atisbando por la ventana.)*—Hola, hola, ¡La primita es guapa de veras! *(Dirigense todos al portón, a tiempo que por él llegan Consolación y Coralito, su doncella. Consolación es lo mejor que ha salido de Alminar de la Reina, con permiso del administrador de la casa. Fuerte, ágil, inquieta, revoltosa, llena de salud, de alegría, lleva el sol en el alma y en los ojos. Su doncella, muy linda por cierto, es más presumida que una mona. La entrada de ellas es triunfal. Empujando el portón entreabierto, penetra Consolación en aquel patio como el sol por las claraboyas de un castillo en ruinas. Llega, por decirlo así, a despertar la casa; a sacudir a sus moradores. No queda gato ni perro que no salga a darle la bienvenida y no se regocije de verla allí. Viste de blanco, y en la mano trae un gran manojo de flores.)*

*Consolación.*—¡Tía!

*Doña Sacramento.*—Pero, ¿eres tú, demonio? *(Se abrazan y se besan.)*

*Consolación.*—¿No me esperaba usted, verdad?

*Doña Sacramento.*—¡Hasta el domingo!

*Consolación.*—Pero, ¡qué bien está usted! Y ¡qué guapa! ¡Parece que no pasan los años!...

*Doña Sacramento.*—¡Vaya si pasan! Don Eligio, ¿quién la conoce?

*Consolación.*—¡Ay, don Eligio! No había reparado... ¿Qué tal, don Eligio?

*Don Eligio.*—Defendiéndonos del tiempo implacable. ¿Y usted, señorita?

*Consolación.*—Ya usted me ve. A usted lo hallo más joven, si cabe.

*Julio.*—Es que se tiñe.

*Consolación.*—¿Cómo? (*Confundiendo a Julio y saludándolo con gran efusión.*) ¡Pacheco! ¿Usted aquí? ¿Cómo le va, Pacheco?

*Julio.*—A Pacheco, no sé. A mí no me puede ir mejor.

*Consolación.*—¿No es usted Pacheco?

*Julio.*—No soy Pacheco. Y lo siento mucho, en vista del éxito de Pacheco.

*Consolación.*—Pues tiene usted su misma cara.

*Julio.*—Pues acompaño a Pacheco en el sentimiento.

*Doña Sacramento.*—¡Muchacha, si es tu primo!

*Consolación.*—¿Julio? ¿Este es Julio?

*Julio.*—Sí, prima, sí; Julio soy.

*Consolación.*—¡Jesús! ¿Quién lo había de pensar? ¡Si hace ya más de veinte años que no nos vemos! Pero ¿no me escribió usted, tía, que éste no estaba aquí?

*Doña Sacramento.*—Y no estaba.

*Julio.*—He venido a conocerte, nada más. ¿Verdad, don Eligio?

*Don Eligio.*—Nada más.

*Consolación.*—Muchas gracias, hombre. No lo creo, pero muchas gracias. ¡Mira que hemos corrido y saltado por es-

## EL GENIO ALEGRE

47

te patio! ¿Te acuerdas, Julio? Pero, ¡qué bien los encuentro a todos! Hasta Diego se conserva como un chiquillo. ¿Qué vino se bebe en esta casa? ¿Y Cinta, Diego, y Cinta?

*Diego.*—Tan güena que está.

*Consolación.*—¡Pobre Cinta! Cuánto la hacía yo rabiarse, cortándoles las orejas a los gatos! ¡Ja, ja, ja! El patio es el que me parece más chico. ¡Claro, como yo soy mayor!... Mañana mismo, tía, hemos de ir a la casa en que yo nací. ¿Quién vive allí ahora? ¡Le advierto a usted que traigo en la cabeza un revoltijo de recuerdos de mi niñez!... ¡Lo que yo voy a gozar andando por las calles de Alminar de la Reina! En el tren se lo decía a Coralito. Ven acá, Coralito. (*Presentándola.*) Tía, mi doncella.

*Coralito.*—Coralito Moreno y Rivas, para servir a usted y a todos.

*Julio.*—Gracias, Coralito Moreno y Rivas.

*Consolación.*—¡Qué guason es mi primo! Ahí donde usted la ve, es una gran persona esta muchacha. Y me quiere a morir. Lo malo es que voy a perderla pronto, porque saca novios hasta en el desierto.

*Don Eligio (Alarmado.)*—¿Sí, eh?

*Julio.*—Se explica.

*Coralito (Mirándolo con un caramelo en cada ojo.)*  
—Gracias.

*Consolación.*—¡En el tren nos hemos reído!... Un señor cura que venía acompañándonos, y que mañana pasará a saludar a usted, enseñaba hasta la última muela. Todo porque ésta ha hecho tres conquistas durante el viaje: una de primera, otra de segunda y otra de tercera.

*Coralito.*—De segunda, dos.

*Consolación.*—Es verdad, dos: el teniente de Carabineros y el otro.

*Coralito.*—La señorita Consolación tiene muy buen genio y le gusta oírme. Todo eso de las conquistas es guasa suya. No ha habido más sino que los hombres la miran a una... y una no va a taparse la cara con er pañuelo. (*Coralito pronuncia las eses como si tuviera un diente roto. Principian en este punto a salir de la casa de labor las figuras de segundo y tercer orden: Ambrosio, Lucio, Frasquita y Carmen, algunas de las cuales ya revelaban su impaciencia y su curiosidad asomándose con disimulo a la puerta.*)

*Ambrosio.*—Con permiso de los zeñores, yo vengo a saludá a la zeñorita.

*Consolación.*—¡Hola, Ambrosio! ¿Qué tal?

*Ambrosio.*—Vamos viviendo. A usté ya la veo como una roza...

*Consolación.*—¿Y tu mujer?

*Ambrosio.*—A mi mujé no hay quien le dé una pena.

*Consolación.*—¿Y Antoñito? ¿No se llama Antoñito?

*Ambrosio.*—Antoñito ze yama. A pintó ze ha metío. Ayá veremos lo que zale.

*Consolación.*—¿Y Joaquina?

*Ambrosio.*—Joaquina, mejorando lo prezente, es la honra e la caza. ¡Jozús, qué criatura! No tiene fin de bonita, zeñorita Conzolución.

*Consolación.*—¡Digo! ¡Si está aquí Carmen! ¡Y Frasquita! ¡Jesús!, ¡Jesús! ¡Se me figura que no me he ido de Alminar de la Reina! (*Empiezan a repartirse besos, que suenan lo mismo que cohetes.*)

*Carmen.*—Señorita Consolación, me alegro de verla tan lusía.

*Frasquita.*—Que sea usté bien venía, señorita Conzolución.

## EL GENIO ALEGRE

*Consolación.*—Ya me tienen ustedes aquí a darles trabajo.

*Carmen.*—Señorita Consolación, usté no da trabajo.

*Frasquita.*—Y a eso está una, señorita Consolación.

*Consolación (Por Lucio, que la mira embohado.)*—¿Y usted, quién es? A éste no lo conozco.

*Lucio.*—Ni yo a uzté, zeñorita.

*Julio.*—¡Ah!, pues hay que presentarlos en el acto. La señorita Consolación y el animalote de Lucio. (*Lucio suelta una carcajada escandalosa que secundan todos los que no son personas serias.*)

*Don Eligio (en tono reprensivo.)*—¡Lucio!

*Lucio.*—¡Me ha jecho gracia er zeñorito don Julio! ¡Como me ha yamao animalote! Pos ya zabe la zeñorita Conzolución que pué mandá a Lucio jasta que ze tire por er barranco, zi tiene la zeñorita eze gusto.

*Doña Sacramento.*—Calla, Lucio, calla. (*Preséntase de improviso la Chacha Pepa, arrebatada y temblorosa de emoción y de júbilo. Materialmente se come a besos a Consolación, pero con «Entreactos» en que la contempla hechizada.*)

*Chacha Pepa.*—¿Ande está? ¿Ande está? ¡Hija de mi arma! ¡Hija de mi corazón y de mi zangre!

*Consolación.*—¡Chacha Pepa!

*Chacha Pepa.*—¡Hija de mi vía! ¡Déjame que te coma! ¡Me traían engañá! ¡Me querían hacé creé que no venían nunca! ¡Pero a mí ze me puzo en er corazón que iba a verte esta noche!

*Consolación.*—¿Y Juan, Chacha?

*Chacha Pepa.*—Bardao lo tengo ar pobrecito. ¿Tú vendrás a verlo, verdá, mi arma?

*Consolación.*—¡Vaya si iré!

*Chacha Pepa.*—¡Ay, que retegüena y que retehermosa te ha parío tu madre!

*Lucío.*—Zeñora, ¿ze quié usté cayá?

*Chacha Pepa.*—¿Yo? ¿Por qué?

*Lucío.*—¡Porque en esta caza nõ está bien decí que lo ha parío zu madre a uno!

*Julio.*—¿Qué dice este salvaje?

*Chacha Pepa.*—Yo hablo aquí to lo que ze me venga a la boca. ¡Hija de mi corazón, Dios te bendiga! ¡Qué guapísima estás! ¿No es verdá, doña Sacramento, que paece la virgen der Carmen?

*Doña Sacramento.*—Sí, sí; pero basta ya, Chacha Pepa. Déjala, que te vas a poner mala de alegría.

*Don Eligio.*—Y cada uno a su quehacer y a su puesto, que se hace harto prolijo el capítulo de expansiones.

*Doña Sacramento.*—Aguardad un segundo. Mi sobrina, la señorita Consolación, viene a vivir conmigo. Quiero para ella igual consideración e igual respeto que para mí. No lo olvidéis. Y tú, sobrina, ven arriba ahora y te llevaré a tu departamento. Tenemos que hablar mucho.

*Consolación.*—¡Y tanto, tía! ¡Qué casa aquella! El pobre de tío Alfonso...

*Doña Sacramento.*—Calla. A solas me dirás...

*Consolación.*—Ea, pues, vamos adonde usted me lleve.

*Chacha Pepa.*—¡Adiós, niña mía! ¡Adiós, lucero!

*Consolación.*—Adiós, Chacha; que vengas.

*Chacha Pepa.*—¿Tú no vas a dí a vé a mi Juan?

*Consolación.*—¿No te he dicho que sí?

*Chacha Pepa.*—Pos mañana mejó que pazao, ¡adiós, reina der cielo! ¡Adiós, pimpoyo bonito!

*Don Eligio.*—¡Basta ya; basta ya! ¿Cómo ha de decirse?

## EL GENIO ALEGRE

51

*Chacha Pepa.*—¡Cáyese, usté, don Dificurtaes, que gruñe usté más que er carriyo de un pozo! (*Doña Sacramento y Consolación se encaminan hacia la escalera. Coralito las sigue. Los otros criados van a retirarse también. En este momento, Lucío, que está en primer término, con la mirada distraída y un dedo en la boca, sale con la siguiente improvisación:*)

*Lucío.*

La zeñorita ha yegao  
mu graciosa y mu bonita;  
parece una fló der campo;  
Dios bendiga a la zeñorita.

Y con zu tía, aquí presente,  
y don Julio, mucha zalú les dezea  
zu servidó que lo es

Lucío Fernández y Pera.

(*El poeta, entre satisfecho de su obra y corrido, suelta otra carcajada que estremece el patio. Doña Sacramento sonríe con cierta benevolencia; don Eligio se pone más serio que nunca, porque le molesta la incorrección de los versos, y porque el poeta se ha olvidado de citarlo a él; los demás rien y charlan a un tiempo comentando la buena ocurrencia de Lucío y la belleza de la señorita. Tía y sobrina, con la doncella a la zaga, siguen subiendo las escaleras. Consolación ríe de muy buenas ganas.*)

*Consolación.*—¡Ay, qué demonio de muchacho ¡Ha tenido sombra de veras!

*Coralito.*—Es gracioso ese hombre.

*Chacha Pepa.*—¡To ze lo merece el ánger mío! ¡To, to, to!

*Ambrosio.*—Ese chiquiyo no ze paga con oro.

*Diego.*—Ha estao mu salao.

*Carmen.*—Ha estao mu oportuno.

*Ambrosio.*—Y ¡qué bonita está la zeñorita!

*Frasquita.*—Está preciosa.

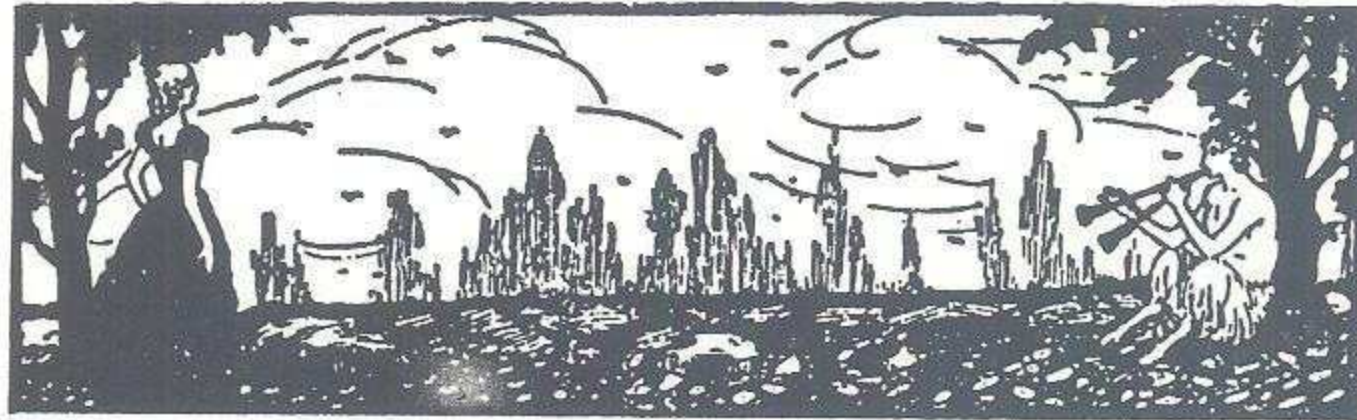
*Carmen.*—Está hecha un lusero.

*Ambrosio.*—¡Mujeres azí es lo que debía pintá mi niño!  
¡Mardita zea!...

*Julio.*—Lucío, venga esa mano; eres un gran poeta.

*Don Eligio (Abrumado por tal algarabía).*—¡Ay ay, ay, ay!...

#### FIN DEL ACTO PRIMERO



#### ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es por la mañana.

*(Doña Sacramento, sentada en uno de los sillones, lee un libro forrado de pergamino. De pronto, a lo lejos, óyese el voltear de las campanas de una torre, que repican como si algún suceso fausto ocurriese en Alminar de la Reina, o como si los campaneros se hubiesen vuelto locos. A los ojos de la noble dama, que deja la lectura, asoma el asombro más grande. Don Eligio sale por la puerta de la derecha con una pluma de ave en la oreja, y en un gesto tal de estupefacción, que no parece sino que le han dicho que la edición de su libro se agota por puntos.)*

*Don Eligio.*—¿Oye usted, mi señora?

*Doña Sacramento.*—Oyendo estoy, querido Frías. ¿Qué repique es éste?

*Don Eligio.*—En Dios y en mi ánima que no adivino cuál pueda ser la razón de tan desatado campaneó. Hallábame ordenando los apuntes para mi conferencia de esta noche sobre el empleo de *la* en el dativo femenino —yo soy *laís*.



ta—, cuando el recio *tole tole* de las campanas me distrajo de mi tarea.

*Doña Sacramento.*—¿Mañana es fiesta de guardar?

*Don Eligio.*—Para mi santiguada que no.

*Doña Sacramento.*—¿Las campanas son las de Nuestra Señora del Carmen?

*Don Eligio.*—Ellas me parecen.

*Doña Sacramento.*—Y repican con desusada furia. ¡Bah! Pronto hemos de saber a qué se debe todo.

*Don Eligio.*—Así es la verdad. (*Va a irse y vuelve.*) Dígame, doña Sacramento: ¿aún no ha regresado la señorita consolación?

*Doña Sacramento.*—Aún no ha regresado. ¿Tuerce usted el gesto, amigo Frías? A ver, a ver...

*Don Eligio.*—Si la señora me lo permite le diré que el paso de hoy no merece mi aprobación...

*Doña Sacramento.*—¡Ay, señor don Eligio! Ya lo he podido comprender. Yo estoy contrariadísima. Pero vinieron sus amigas por ella, y no supe oponerme a su resolución. (*Cesa el repique.*)

*Don Eligio.*—¿Quiere decirme la señora qué lección sería ha de sacar la señorita de la boda de unos gitanos?

*Doña Sacramento.*—Y menos mal si todo se quedara en la boda; pero de seguro habrán llegado frente a sus cuevas, donde tendrán zambra todo el día.

*Don Eligio.*—¡Lamentable espectáculo! Las danzas de las gitanillas son harto deshonestas, y sus cantares, chabacanos y libres, pican que rabian.

*Doña Sacramento.*—Cierto es.

*Don Eligio.*—La señorita Consolación, señora marquesa, tiene el diablo en el cuerpo, como suele decirse. Esa alegría suya, desenfrenada, atolondrada, febril, entiendo yo

#### EL GENIO ALEGRE

55

que debe ser combatida por todos los medios. La encuentro peligrosísima a sus años y, desde luego, poco señoril y poco seria.

*Doña Sacramento.*—Amigo Frías, ha ido usted a poner el dedo en la llaga. Mi sobrina me tiene disgustadísima. Diez días lleva aquí, y Dios sabe cuántas contrariedades me ha causado ya. Su genio alegre, como usted ha dicho muy bien, es realmente perturbador e incontrastable. Nada le intimida: nada respeta. En esta casa, donde había el silencio de un claustro, se oye ahora por todas partes un loco reír y un charlar sin tregua ni reposo.

*Don Eligio.*—Además, señora, ¿qué viene a ser esto de recibir aquí, a cualquier hora del día o de la noche, a todo el que llama a esa puerta? Cuando no es el Tío Carando, que la vió nacer, es la Tía Pilonga, que la vió abrir los ojos; cuando no es el Tuerto de la Plaza, que le debe el estanco a su señor padre, es otro lisiado cualquiera, que viene a pedirle una limosna. Y aquí el ama; y aquí el marido del ama en una silla, porque está baldado; y aquí los seis hijos del ama; y aquí todos los criados y criadas que fueron de su casa paterna; y aquí el pueblo entero, ¡qué diablo! Y una de besar, y una de reír, y una de charlar, que no me permiten poner una coma en su sitio. Esto, no, señora marquesa, esto no.

*Doña Sacramento.*—Pues ¿y la doncella? Es de oro. No ha de sacudir una falda si no es cantando; siempre ha de replicar a lo que se le dice; con todos los mozos de la vecindad coquetea; usa unos vestidos de colorines escandalosos; se echa encima una de olores que trastorna, y se baña, como si fuera una duquesa, casi todos los días.

*Don Eligio.*—¿Sí?

*Doña Sacramento.*—Sí, señor.

*Don Eligio.*—¿Dónde...?

*Doña Sacramento.*—¿Cómo?

*Don Eligio.*—¿Dónde se ha visto cosa igual?

*Doña Sacramento.*—Le aseguro a usted que si no se corrige, aun a riesgo de incurrir en el enojo de mi sobrina, la plantaré en la calle.

*Don Eligio.*—Y hará usted muy bien. En el bolsillito del delantal lleva un pedacito de espejo, y apenas se ve sola en un rincón, ya se está arreglando los *nenes*.

*Doña Sacramento.*—Lo he observado.

*Don Eligio.*—Otro sí. Le gusta, o hace que le gusta, Lucío.

*Doña Sacramento.*—¿Lucío? ¿Tan zafio?

*Don Eligio.*—Sí, señora; Lucío. Y trata de embaucarlo y desvanecerlo con todo linaje de coqueterías.

*Doña Sacramento.*—¡Oh, no! Pues eso, no. En mi casa, no.

*Don Eligio.*—Y aún hay algo más lamentable. Ayer leía a hurtadillas un librito que escondió al verme a mí.

*Doña Sacramento.*—¡Hola, hola! A propósito: ¿examinó usted la biblioteca de mi sobrina?

*Don Eligio.*—Sí, señora. ¡Vaya una biblioteca!

*Doña Sacramento.*—¿De quién tiene libros?

*Don Eligio.*—De Bécquer, el poeta nocivo y peligroso; de Campoamor, que llamaba las cosas por su nombre; de Valera, que tampoco se mordía la lengua; de Pérez Galdós... ¡y de Luis Taboada!

*Doña Sacramento.*—¿Y en francés, ha visto usted algo?

*Don Eligio.*—Dos o tres noveluchas de Daudet, que pienso quemar sin autorización de nadie.

*Doña Sacramento.*—Con la mía.

*Don Eligio.*—Sospecho que la señorita Consolación tiene el deplorable hábito de dormirse leyendo.

## EL GENIO ALEGRE

*Doña Sacramento.*—¿Por qué no le da usted su libro, querido Frías?

*Don Eligio.*—Con mil amores, si lo desea la señora marquesa. Yo no había pensado en cosa tal, porque soy naturalmente modesto. (*Pasa Coralito desde la primera puerta de la izquierda hacia la escalera. Su andar menudito de paloma y el incitante juego de sus curvas sacan de quicio al administrador.*) ¡Niña!

*Coralito.*—¿Es a mí?

*Don Eligio.*—A usted. Hágame el favor de acercarse.

*Coralito (Obedeciéndole muy sonriente.)*—¿Qué me manda usted?

*Don Eligio.*—Ante todo, menos sonrisita.

*Coralito.*—Si es agrado natural.

*Don Eligio.*—Pues menos agrado natural. Y muchísimo menos guiñarme a mí.

*Coralito.*—¡No es guiño, señó!

*Don Eligio.*—¿Qué es entonces?

*Coralito.*—Picardía del ojo izquierdo.

*Doña Sacramento.*—Bien está ya, sea lo que fuere. Diga usted, Coralito.

*Coralito.*—Señora.

*Doña Sacramento.*—¿Qué libro leía usted ayer tarde?

*Coralito.*—¿Me vió usted? No, que fué este cabayero er que me vió.

*Don Eligio.*—¡Quien la viera a usted es aquí lo de menos! ¡Aténgase al interrogatorio! ¿Qué libro leía?

*Coralito.*—Un libro graciocísimo. «Las veinticinco maneras de que se valc una mujé para sacá novio, y un hombre para sacá novia.»

*Doña Sacramento.*—Pues ese libro se lo entregará usted al señor administrador.

*Coralito.*—¿Va usted a sacá novia?

*Don Eligio.*—¿Eh? ¡Voy a sacar lo que a usted no le incumbe!

*Coralito.*—¡Huy, qué palabra!

*Don Eligio.*—¡Usted es la que está sacando ya los pies del plato!

*Doña Sacramento.*—Sí, por cierto. Coralito, si no quiere usted obligarme a una reprensión dura, replique menos y obedezca más. Hoy mismo le dará usted al señor don Eligio el libro que leía, para que lo quemé.

*Coralito.*—Pero ¿es que er libro es malo?

*Don Eligio.*—¡Es deleznable!

*Coralito.*—Pos ¿qué va una a leé: «Bertordo, Bertodino y Cacaseno»?

*Don Eligio.*—¿Cómo se entiende? ¡Retírese!

*Coralito.*—Sí, señó (*Sigue su camino hacia la escalera.*)

*Don Eligio* (*Contemplándola y moviendo la cabeza con disgusto.*)—¡Ay, qué meneíto!..., ¡qué meneíto!...

*Coralito.*—¿También está mal er meneíto? ¡Vaya! ¡Esta casa es la Inquisición! (*Sube.*)

*Don Eligio.*—¡Silencio!

*Coralito.*—¡Señó, si no pío! (*Desaparece.*)

*Don Eligio.*—¡La última frase ha de ser de ella! ¡Esto me vuelve loco!

*Coralito* (*Dentro, cantando.*)

*Yo no sé...*

*yo no sé lo que le ha dao  
este serrano a mi cuerpo...*

*Don Eligio* (*Yéndose al pie de la escalera a gritar.*)  
—¡Coralito!

## EL GENIO ALEGRE

59

*Coralito.*

*Contra más...*

*Contra más quiero olvidarlo  
menos conseguirlo puedo...*

*Don Eligio.*—Pero ¿ve usted, señora marquesa? ¿No es esto burlarse de mí abiertamente?

*Doña Sacramento.*—Estoy callada, porque con la tal mo-cita no hay modo de hablar. Luego le diré a mi sobrina lo que hace al caso. Comprendo que si la mujer de mi sobrino Alfonso es una muchachá seria, como ya me inclino a creer, hayan saltado de allí Consolación y su doncellita.

*Don Eligio.*—¿Sabe mi señora cuál es la que estimo única suerte en este caso?

*Doña Sacramento.*—Me lo figuro, amigo Frías. Se refiere usted a que no está mi hijo entre nosotros.

*Don Eligio.*—Cabalmente.

*Doña Sacramento.*—¡Ah, ya lo creo! Mi hijo, dado su natural, alentaría y aun aplaudiría todas estas cosas que a usted y a mí tanto nos desagradan. Por eso, señor don Eligio, transigí con él, y le dije a usted que le dicse todo lo que pedía, para que levantara el vuelo cuanto antes. Su presencia aquí estaba llena de peligros.

*Don Eligio.*—A Dios gracias, se fué al día siguiente de llegar la señorita Consolación, y no debemos temer que vuelva por ahora ni en algún tiempo. (*Aparece Julio tras la ventana del zaguán.*)

*Julio.*—¿Hay posada para un peregrino?

*Doña Sacramento* (*Estupefacta.*)—¡Julio! ¿Tú?

*Don Eligio* (*Como si tomara ruibarbo.*)—¡Don Julio!  
¿Usted?

*Julio.*—Yo mismo. ¿Hay posada o no? Vengo a molestar lo menos posible; cuestión de un par de horas.

*Don Eligio.*—Habrá usted visto que nos hemos quedado de una pieza su mamá y yo.

*Julio.*—Lo que veo es que no quiere usted abirme. Palabra de honor que me iré sin pedir más dinero.

*Doña Sacramento.*—Ábrale, don Eligio, ábrale.

*Julio.*—Gracias, mamá. Don Eligio se fía menos que tú.

*Don Eligio (Obedeciendo a la señora.)*—¡Qué cosas tiene el señor marqués!

*Julio (Abrazándolo en el mismo portón, que queda entreabierto.)*—¡Don Eligio! ¡Mi ángel tutelar! ¡Ya sabe usted que yo lo quiero muy de veras. (*Besando a doña Sacramento.*) ¿Qué hay, mamáita?

*Doña Sacramento.*—¿Qué ha de haber? Que me desconciertan tus salidas de tono. ¿Me quieres explicar qué es esto? (*Julio viste traje de campo al uso de la tierra.*)

*Julio.*—Esto es que tu hijo el calavera, tu hijo el pródigo, tu hijo el malo, viene con unos amigos a un tentadero en La Temprana, a media legua de Alminar, y mientras ellos preparan el almuerzo alegremente, él monta en su jaca y se llega a darle un beso a su madre. ¿Qué tal, don Eligio? ¿Soy ese aborto del abismo de que usted habla?

*Don Eligio.*—Señor marqués... yo nunca he dudado... Esas bromas de usted son injustas... Lo cual no empece...

*Julio.*—Sí, empece...

*Don Eligio.*—No empece...

*Julio.*—No empecemos. Y perdone usted este chiste. Sé que usted odia el chiste.

*Don Eligio.*—Según. Cuando es de buena ley, lo celebro como el que más.

## EL GENIO ALEGRE

*Julio.*—Pero sin reírse. Yo no lo he visto a usted reírse nunca. ¿Tú has visto reírse a don Eligio, mamá?

*Doña Sacramento.*—¡Julio!

*Don Eligio.*—Señora...

*Julio.*—Don Eligio, no haga usted caso de mis chirigotas. Estoy contento... y no reparo en que quizá lo moleste a usted.

*Don Eligio.*—De ninguna de las maneras. (*De la casa de labor sale Ambrosio.*)

*Ambrosio.*—Tengan ustés mu buenos días. (*Sorprendido*) Don Julio, ¿cómo usté por aquí?

*Julio.*—Hombre, no es tan raro verme por aquí.

*Ambrosio.*—¡Pero tampoco es coza que ze vea tos los días, como er zalí der zó! Con permizo. Don Eligio de mis curpas.

*Don Eligio.*—¿Qué hay?

*Ambrosio.*—A mi niño lo tiene usté ya en er jardín con la paleta y los pinceles, y pregunta zi va usté a ponerze la ropa con que lo está pintando, o zi hoy también lo deja.

*Don Eligio.*—¡Válgame Dios! Dile que hoy tampoco podemos hacer nada. Tengo mucho que trabajar. Mientras no salga de mi conferencia, no quiero distraer un minuto. Tanto que, con permiso de todos... ¿La señora marquesa me necesita?

*Doña Sacramento.*—Para nada.

*Don Eligio.*—¿El señor marqués quiere algo?

*Julio.*—Que le pase a usted el susto.

*Don Eligio.*—Siempre ha da chanclear el señor marqués. (*Vase por la puerta de la derecha.*)

*Julio.*—¡Pero no se ríe! Escúchame, Ambrosio.

*Ambrosio.*—Mande usté, don Julio.

*Julio.*—Te felicito. Sé que tu hijo progresa en la pintura.

*Ambrosio.*—¿Que progresa?

*Julio.*—Así me dicen todos.

*Ambrosio.*—¿Zi, verdá? Pué zé que progresa; pero lo que yo le pío a usté, y a tos los que dicen que progresa, es que no me mienten ar niño.

*Julio.*—¿Por qué?

*Ambrosio (Conteniendo su mal humor.)*—Por na. No me miente usté ar niño, don Julio, no me miente usté ar niño. Yo cuando me enfao no zé hablá zin zortá ajos y ceboyas... y me voy a enfadá zi me mienta usté ar niño. ¿Estamos, don Julio? Ez un favó que yo le pío a usté que no me miente ar niño. Y usté ziga bueno. (*Vase a la casa de labor.*)

*Julio.*—Adiós, hombre. (*Riéndose.*) ¿Qué le ocurre a Ambrosio con el niño?

*Doña Sacramento.*—No lo sé a ciencia cierta; pero me figuro que se trata de un gran desacuerdo en materias de arte.

*Julio.*—Ya.

*Doña Sacramento.*—Dejemos a Ambrosio, y vamos a cuentas nosotros dos.

*Julio.*—¿Cómo a cuentas? ¿No he jurado que soy moro de paz?

*Doña Sacramento.*—Respóndeme: ¿puede crcerse lo que me has dicho del tentadero y de que vienes a verme tan sólo...?

*Julio.*—Pues, ¿qué he de venir sino a eso? ¿Te he engañado yo alguna vez?

*Doña Sacramento.*—Es cierto; nunca.

*Julio.*—No lo digas con retintín. ¿Y mi prima?

*Doña Sacramento.*—¡Tu prima! ¡No me hables de ella! ¿Dónde creerás que está tu prima?

#### EL GENIO ALEGRE

*Julio.*—¿Dónde?

*Doña Sacramento.*—Con seis u ocho amigas en una boda de gitanos.

*Julio.*—¿Ah, sí?

*Doña Sacramento.*—Como lo oyes.

*Julio.*—¿Es quizá la novia la hija del Chiribiqui?

*Doña Sacramento.*—¡Que sé yo!

*Julio.*—Seguramente. Acabo de encontrarme a Chiribiqui con una borrachera que si no era de boda era de bautizo. Me saludó tirando el sombrero por alto.

*Doña Sacramento.*—Y ¿de qué te conoce a ti ese hombre?

*Julio.*—Somos compadres.

*Doña Sacramento.*—¡Julio!

*Julio.*—Le bauticé el último chiquillo.

*Doña Sacramento.*—¡Jesús! Así te parece cosa natural que tu prima haya ido a esa boda, sin reparar en que aquellas cuevas no son, ni con mucho, escuela de buenas costumbres.

*Julio.*—Mamá, por Dios, no confundas las cosas. Ponte alguna vez en la realidad. Precisamente me agradó de mi prima, en lo poco que hablé con ella, lo espontáneo de su carácter; lo franco, lo ingenuo de su corazón; su irreflexión simpática, su alegría juvenil, que nacen de un alma clara de un cuerpo saludable... Una mujer así, ni de las cuevas de gitanos, ni de ninguna parte, saca nada que no deba sacar.

*Doña Sacramento.*—No me sorprende oírte. Harto presumía yo que tu señora prima había de encontrar en ti juez bastante benévolo para sus ligerezas.

*Julio.*—Mamá, me desespera que hayas de verlo siempre todo a través de los lentes de don Eligio. Yo apenas conoz-

co a mi prima ni tengo para qué ser su abogado; pero vale mucho más que sea como yo me la figuro, que no como estas niñas del pueblo, de que Dios me libre.

*Doña Sacramento.*—No midas por un rasero a las niñas del pueblo. En el pueblo hay de todo. Y bien sabes tú que sobresale una muchacha entre las demás, de la que te he hablado mil veces con elogio de sus virtudes.

*Julio.*—Sí; para que yo tomara estado; para que yo dejara mis devaneos; para que yo sentara la cabeza... Ya, ya lo sé; pero como lo primero que se necesita en un matrimonio es amor, y yo no siento amor por esa señorita, aunque sea una rica heredera, ahí tienes por qué razón no andamos de acuerdo. Y hasta ya de dimes y diretes, mamá, que siempre hemos de estar riñendo o cosa parecida, y yo me he propuesto no volver a reñir contigo.

*Doña Sacramento.*—Esa sería buena señal.

*Julio.*—No sería mala; pero no por lo que tú piensas. Porque te advierto una vez más que yo no he de parecerme nunca a tu administrador.

*Doña Sacramento.*—¡Y dale con el pobre administrador!

*Julio.*—Para eso haría falta, como dice la copla,

*otro mundo y otro cielo  
y otro Dios que dispusiera.*

*(Oyese en el zaguán algarabía de muchachas y muchachos que se despiden.)*

*Doña Sacramento.*—¿Eh? Ahí está ya Consolación.

*Julio.*—¿Mi prima?

*Doña Sacramento.*—Siempre se anuncia así: con risotadas y bullicio. Sentiré que entre alguien. Esta casa, desde que ella llegó, es la casa de Tócame Roque.

#### EL GENIO ALEGRE

65

*Consolación (Dentro todavía.)*—Hasta luego, hasta luego. No faltes tú, Mariquita Antonia. *(Sale por el portón. Viene de traje claro y mantón de Manila o de espuma, puesto en forma de chal. Lucío la sigue.)* Tía, ¿ve usted como no me han matado? ¡Hola, primo! ¿Tú por aquí otra vez? ¿Has venido al casorio?

*Julio.*—¿Cómo te va, primita.

*Doña Sacramento.*—Ha venido al campo, a almorzar con unos amigos, y se ha llegado a vernos. Pero se va en seguida.

*Julio.*—Bien se ve que has andado de fiesta. ¡Buenos colores traes!

*Consolación.*—¡Y qué fiesta! Me hubiese alegrado que la hubieras visto. ¡Ay, tía, me he reído hasta ponerme mala!

*Doña Sacramento.*—Para eso necesitas tú poco. *(Lucío observa embobado a Consolación.)*

*Consolación.*—Es que no hay gente como los gitanos para pasarlo bien. ¡Me han dicho una de cosas!... Con lo que a mí me gusta que me digan cosas los gitanos. Los gitanos y los que no son gitanos. Mire usted, tía; un hombre del campo me dijo... Lucío, ¿cómo fué?

*Lucío.*—¿Er qué? ¿Lo que le dijo a usted Vinagre?

*Consolación.*—¿Vinagre?

*Lucío.*—Aquer de la chaqueta al hombro y la mancha en la oreja.

*Consolación.*—El mismo.

*Lucío.*—Eze tiene mu güena zombra. Le dijo, dice. *(Se rie recordando la ocurrencia.)* Le dijo, dice..., con permiso de la zeñora... le dijo, dice...

*Julio.*—¡Acaba!

*Lucío.*—Don Julios, güenos días.

*Julio.*—Buenos días. ¡Acaba!

*Lucío.*—Le dijo, dice...: «Todavía estaba zu mamá de usted echando cuentas... y ya era usted bonita.» (*Se ríen él, Consolación y Julio.*)

*Doña Sacramento.*—¡Qué disparate!

*Lucío.*—Poz un gitano muy negrucio, conocío por Maceta, le dijo otra coza, que usted, zeñorita Consolación, o no la oyó bien, o jizo azín como que no la oía. Le dijo, dice...

*Consolación.*—Calla. (*Remedándolo.*) Hice «azín como que no la oía.» (*Lucío torna a reír.*)

*Doña Sacramento.*—Me maravilla que te puedan halagar tales piropos.

*Consolación.*—Por Dios, tía; pero, ¿usted cree que son más finas las cosas que nos dicen los señoritos? Yo he pasado un rato que no se me olvidará en mucho tiempo. Había allí una gitanilla, ¡que bailaba de una manera!... ¡Qué salero, qué brío, que encanto más particular! ¡Y era preciosa! No me la traje para que usted la viera, por miedo a don Eligio.

*Doña Sacramento.*—¡Muchacha!

*Julio.*—Esa sería la Chamarina, ¿verdad?

*Consolación.*—¿La conoces tú?

*Julio.*—Mucho. Nació bailando.

*Consolación.*—El que nació bailando, por lo visto, es un zagalillo de este alto, más negro y más feo que mandado hacer. ¡Lo que se zarandé aquel cuerpo Dios mío!

*Julio.*—¡Ah, sí! Malos Pelos, sin duda.

*Consolación.*—¡Malos Pelos! Así le llamaban.

*Julio.*—Ese es hijo de Micaela la Bonita y nieto de Petaca.

*Consolación.*—Estás metido en el gran mundo, primo.

*Julio.*—Completamente. Mamá, no te enfades.

## EL GENIO ALEGRE

67

*Doña Sacramento.*—No me enfado, no. Ya estoy acostumbrada a oírte.

*Lucío.*—Cuenta usted lo der repique, zeñorita Consolación.

*Doña Sacramento.*—¿Lo del repique?

*Consolación.*—Sí. ¿No ha oído usted repicar en el Carmen?

*Doña Sacramento.*—Con gran sorpresa, ciertamente.

*Consolación.*—¡Pues he sido yo!

*Doña Sacramento.*—¿Tú?

*Consolación.*—Yo.

*Julio.*—¿Tú, prima?

*Consolación.*—Yo, yo.

*Lucío.*—La zeñorita ha zío.

*Doña Sacramento.*—¡Virgen de las Angustias!

*Julio.*—¿Campanera también?

*Consolación.*—¡Campanera y sacristana y cuanto hay que ser en el mundo! Verá usted, tía. No arrugue el entrecejo: alégrese conmigo, por Dios. Volvíamos las muchachas y los muchachos charlando y riendo del casamiento de los gitanos, y al pasar por el Carmen dijo una: «Vamos a entrar a rezarle a la Virgen.» Y entramos todos a rezar. En esto, yo, que rezo más aprisa, me levanto y me subo a la torre, recordando mis siete años. Lo mismo fué verme, que todos a la torre conmigo. ¡Qué barullo! ¡Qué risa por aquella escalera, oscura como boca de lobo! Cuando llegamos al campanario nos deslumbró la luz. ¡Es gloria del cielo lo que se ve por aquellos ojos de la torre! Al sentirnos, una bandada de palomas echó a volar. La mañana era hermosa; el aire, fresco y saludable. El sol parecía que pintaba de amarillo el trigo, de rojo las amapolas, de blanco el pueblo, de verde los pinares... Temblaba yo, mirando todo aquello, de emoción, de alegría, de ganas de

vivir... Allá lejos, muy lejos, había unos hombres encorvados segando la mies... Quise yo en un momento levantar el vuelo como las palomas, saltar, gritar, cantar como un pájaro; quise yo agradecerle a Dios la vida que me dió, los ojos que me puso en la cara y la alegría que me puso en el corazón para ver y sentir cuánto veía y sentía; quise yo llevarles, comunicarles mi bienestar a aquellos campesinos, alegrar su trabajo penoso, hacerlos descansar un instante siquiera... Sentí el impulso de los momentos buenos, estalló mi corazón en risas y en lágrimas, y ni visto ni oído: sentido y hecho: cogí la cuerda de una de las campanas y empecé a voltearla como si hubiera sido campanera toda mi vida. ¡Talán, tan! ¡Talán, tan! Se estremeció el aire. En la torre se armó un revuelo de risas y gritos que ensordecía. Lucío se agarró a otra campana. Un monaguillo, contagiado también y encantado con la indisciplina se agarró a otra. ¡Talán, tan! ¡Talán, tan! ¡Talán, tan! ¡Talán, tan! Parecíamos locos. Las palomas, que habían vuelto a la torre, echaron a volar otra vez... Y algunos de aquellos hombres que trabajaban lejos, levantaron los cuerpos que tenían inclinados sobre la tierra, y un buen rato estuvieron mirando hacia arriba; hacia la torre, hacia el cielo. Ya sabe usted, tía, por qué ha habido esta mañana requique en el Carmen.

Lucío.—¿Pos no ze me han zartao las lágrimas?

Julio.—No ha sido a ti solo. Mira tú por dónde la alegría de la señorita nos ha enternecido a los dos.

Lucío.—Es que ha contaó la coza que ha zío estarla viendo. Mejó que estarla viendo.

Doña Sacramento.—Consolación, Consolación: eres buena, pero eres loca.

Consolación.—¡Ay, tía! Pues yo me esforzaré en ser un

## EL GENIO ALEGRE

69

poquitito más buena y un poquitito menos loca, para darle a usted gusto. Poquitito, ¿eh? (*Baja Coralito tan pizpireta como siempre.*)

Coralito.—Señorita Consolación. (*Sonriendo.*) ¡Hola, Lusío!

Consolación.—¿Qué quieres?

Coralito.—¿Se puede hablá?

Consolación.—¿Por qué no, mujer? ¿Qué hay?

Coralito.—¿Sabe usté que están ahí las masetas?

Consolación.—¿Mis macetas? ¿Todas?

Coralito.—Todas; hasta la der perejé.

Doña Sacramento.—Es verdad; no te he dicho... A poco de irte tú llegaron los tres carros.

Consolación.—¿Dónde las han puesto?

Coralito.—En er jardín en cuatro filas.

Consolación.—¡Voy a verlas corriendo! Tía, venga usted. ¡Verá usted qué primores! ¡Mis macetas son famosas en todo el contorno! Yo las quiero más que a muchos parientes. Ande usted, ande usted.

Doña Sacramento.—Mujer, déjame a mí; yo no estoy para nada.

Julio.—¿Ni para ir al jardín, mamá? ¿De manera que llegan las macetas de Consolación y la dueña de la casa no va a recibirlas como merecen?

Consolación.—¡Pues claro! Si no viene, me pico. En serio.

Doña Sacramento.—Sea como tú quieras. Vamos al jardín. (*Se encaminan las dos hacia la puerta de la casa de labor.*)

Consolación.—Usted se alegrará. Lo que siento es que ya hay pocos claveles; pero rosas... ¡verá usted qué r...!

Coralito.—Una viene como la cabeza de un niño chico.



Julio.—Ahora iré yo a verlas también.

Consolación.—Te gustarán.

Julio.—Lo creo. Hay cosas que gustan, más que por ellas en sí, por la persona que anda en torno de ellas. Conociéndote a ti, por fuerza han de encantarme tus macetas.

Consolación.—¡Mira qué galante es mi primo!

Doña Sacramento.—Buen par de tarabillas estáis tu primo y tú. (*Ríen los muchachos. Ellas entran en la casa de labor y él sube.*)

(*Lucío se queda como cuajado mirando a la puerta. Coralito, que cree que no es a la puerta precisamente adonde debe mirar Lucío, le dice al cabo:*)

Coralito.—Pero, oye: ¿te han embarsamao con estopa?

Lucío.—(*Sin oírla.*)—¡Er zó ze ha metío en esta caza!... ¡Pintores no la pintan!... ¡Bonita es como la fló der granao!

Coralito.—¿Estás hablando solo?

Lucío.—¡Mardita zea la pobreza! ¡A ladrón me vi a echá pa tené dineros! ¡Zi yo fuera zeñorito!...

Coralito.—¡Jesú! Tú no estás bueno de la *armendra*.

Lucío.—¿De dónde?

Coralito (*Por la cabeza.*)—De la *armendra*.

Lucío.—¡Déjame a mí ahora! (*Volviendo a sus pensamientos.*) ¡Qué mirá!... ¡Qué hablá!... ¡Qué andá pa arriba y pa abajo como una pluma!... ¡Qué reí... que paece que entra en la caza un bando e golondrinas!...

Coralito (*Picada.*)—Lo primero que hay que tené en este mundo es educación.

Lucío.—¿Qué dices?

Coralito.—¿Soy yo argún trapo?

Lucío.—Compará con tu zeñorita, eres trapo y medio.

## EL GENIO ALEGRE

Coralito.—Gracias. ¿Tú te has fijao en la sogá der poso?

Lucío.—¿Por qué?

Coralito.—Porque así eres de ñino.

Lucío.—Pero ¿te quiés tú poné con eya?

Coralito.—Yo no, hijo mío; yo no quiero ponerme con nadie. Cada una es como Dios la ha hecho. Lo que sí te digo es que yo, aunque sea en er campo, hago así en er suelo con er pie... y salen siete novios.

Lucío.—Ziete griyos es lo que zardrán!

Coralito.—Arguno me canta por las noches. Acostumbrá estoy yo a que hombre que me ve, hombre que siente la *punsá*.

Lucío.—¿Y a mí qué me cuentas tú ezo?

Coralito.—Para que te enteres con quien tratas.

Lucío.—¡Zi ya lo zé de zobra! ¡Que ziempre habemos de está lo mismo! Quéate con Dios: me voy a verla entre las flores.

Coralito.—¿A quién?

Lucío.—¡A doña Sacramento va a sé! ¡Mía ésta! ¡A tu zeñorita, pamplinoza! ¡Eza zí que da azín con er pie en er suelo, como dices tú, y zalen ziete claveles reventones!

Coralito (*Despechada.*)—¡Vaya!

Lucío (*Siguiendo el hilo de su admiración.*)—¡No ze dice por mucho que ze diga lo bonita que es! ¡Bonita a toaz horas y en toaz partes! Ayé se puzo toa de negro y ze fué a miza zola cormigo, y no zé cómo er Pae Ramón no ze equivocó ar deci: «*Dominus vobiscum*», y le dijo: «¡Bendita zea tu madre!» Zi yo soy er Pae Ramón, me equivoco. Poz ¿y cuando ze encasqueta eze zombrerito tan zerrano, que debe de ze de París de Francia, y ze monta en la jaca baya y echa o corré por er camino e los Parrales que no

hay quien la ziga? ¿Y cuando está zentá y se levanta de pronto? ¿Y cuando está de pie y da una carrerita pa zentarze?

*Coralito.*—¿Y cuando nase un hombre tonto, tonto, tonto de la cabeza y no hay quien lo componga? ¿Qué te paese a tí? ¡Er demonio'er gañán; que debía está tirando de una carreta con otro buey! ¿Sabes tú lo que yo te digo? ¡Que mardita la farta que me hasen a mí tus piropos! ¡Pos de buena lana es er carnero! (*Volviéndose de pronto y encarándosele.*) Mira: er marquesito de la Cruz de la Fuente, que es un rear moso, que se lava er cuerpo tos los días, me mandó a mí unos sarsiyos de briyantes, con una cartita en que lo menos que me desía era surtana: en er baú la tengo; Periquito Mora, de lo mejó. de Solá der Rey, se ha querío casá conmigo, ¿te enteras tú?, ¡casarse conmigo!... y me ha dao su retrato, firmao por é: en er haú lo tengo; aquí yevo diez días, y sin salí a la caye, como aquer que dise, tengo ya cuatro pretendientes...

*Lucío.*—¿En er baú?

*Coralito.*—En er baú tengo las cartas; que te coste a tí. Y va er resto: er boticario de esta caye, que es más guapo que tú, y más fino que tú, y que fuma con estenasiyas, está envenenando a medio pueblo, trastornao desde una noche que fi yo a comprarle sargatona. ¿Lo sabes? ¿Te enteras? ¿Me has oído? Cuando menos te piensas tú que se tomó mi madre er trabajito de echarme ar mundo pa un cortijero. ¡Jesú, Jesú, qué ilusiones se hace la gente! ¡Quítate de ahí, scoto, que hueses a piara! ¡Uf, qué asco me ha dao de pronto este mendrugo; pero qué asco! ¿Adónde iríamos a pará? ¡Por María Santísima! ¡Estaría yo loca! (*Entrase por la primera puerta de la izquierda huyendo con repugnancia cómica de Lucío, e indignada ante la suposición de*

## EL GENIO ALEGRE

73

*que ella lo mire con buenos ojos. El da rienda suelta a sus carcajadas.)*

*Lucío.*—¡Ju ju, ju! ¡Ze ha enfadao! ¡Ze ha enfadao, porque yo no le digo na! ¡Ju, ju, ju! ¡Prezume más que un zordao con un puro! ¡Ju, ju, ju! (*De improviso se queda serio, fijándose en un retrato que hay colgado sobre la ventana del foro.*) Güeno está, hombre; no es mala penzión la que tengo. Dende que la zeñora me riñó porque me reía, en cuantito ze me va la riza me está mirando er tío eze. (*Variando de puntos de vista.*) Y zi me pongo aquí, me mira. Y zi me pongo aquí, me mira. Y zi me pongo aquí, me mira también. Donde quiea que me pongo, me mira. (*Encarándosele.*) ¡Zeñó, pero zi la risa no va con usté... y ezo que parece que zaca la cabeza de un quezo! (*Alude a la gola.*) ¡Ju, ju, ju! (*Suelta otra vez la risa y vuelve a quedarse repentinamente serio ante la mirada del caballero retratado, y a buscar nuevos puntos de vista para ver si logra esquivarla. En este ir y venir lo sorprende doña Sacramento, que sale de la casa de labor y se encamina a la escalera.*)

*Doña Sacramento.*—Lucío.

*Lucío.*—Zeñora.

*Doña Sacramento.*—¿Qué estás haciendo?

*Lucío.*—Ganas de armorzá.

*Doña Sacramento.*—¿No te has llegado a la botica por lo que te encargué?

*Lucío.*—Como no corría pricza hasta la noche... Pero iré ahora en un zarto. Zólo que vi a dí a otra botica.

*Doña Sacramento.*—¿Por qué?

*Lucío.*—Porque er boticario de esta caye está enamoraao de Coralito, y ze le pic marnezia y da almedó. ¡Ju, ju, ju!

*Doña Sacramento.*—¿Qué risa es ésa? ¿No te la tengo

reprendida? (*Al mismo tiempo que la reprensión de la señora, lo ataja en su risa la mirada de marras.*)

Lucío (*Sin quitarle ojo al de la gola.*)—Zí, zeñora, zí.

Doña Sacramento.—Pues mal se conoce. Procura no perder la memoria. Y procura, además, cuando salgas a la calle, no detenerte en la ventana de esa mujer conocida por la *Morisca* en el pueblo.

Lucío.—¿También ze lo han contao a usté las golondrinas?

Doña Sacramento.—También. (*Retírase por la escalera.*)

Lucío.—¡Ju, ju, ju! (*Al retratado.*) A ti te vi yo a zortá una pedrá en un ojo.

Doña Sacramento (*Desde la escalera.*)—¿Eh?

Lucío.—Zeñora, no va con usté. Usté dispenze. (*Por tercera vez trata de descubrir nuevos puntos de vista para burlar la mirada acusadora. Sale luego Consolación.*)

Consolación.—Lucío.

Lucío.—Mándeme usté.

Consolación.—Escucha: voy a adornar el patio con macetas mías.

Lucío.—¡Ole!

Consolación.—¿Te gusta la idea? Llégate al jardín, y todas aquellas que hay allí separadas, junto a la pila, vé-melas trayendo ahí al lado.

Lucío.—¡Como zi quié usté que le traiga er jardín entero, y la pila, y los peces!

Consolación.—No; no es menester. Que te ayude Diego.

Lucío.—Lo que usté me mande, y na más que lo que usté me mande. (*Vase el hombre todo alborozado.*)

*Baja Julio, que ha trocado el traje de campo por uno de casa.*

## EL GENIO ALEGRE

Consolación (*Sorprendida al verlo.*)—¡Julio!

Julio.—Consolación.

Consolación.—Pero ¿no vas al campo ya?

Julio.—No voy.

Consolación.—¿Qué bicho te ha picado?

Julio.—¡Venates!

Consolación.—Pues ¿sabes que me alegro?

Julio.—¿Sí?

Consolación.—Sí; porque he pensado adornar el patio con mis macetas, y tú vas a ayudarme a ello.

Julio.—¡Ahora mismo!

Consolación.—Cuando ése las traiga. He mandado traerlas a Lucío.

Julio.—Ya.

Consolación.—Oye: ¿te ha pedido tu madre que te quedes?

Julio.—No.

Consolación.—Y ¿de veras te quedas?

Julio.—Sí.

Consolación.—Perdóname.

Julio.—¿Por qué?

Consolación.—Porque yo me malicié que la reunión del tentadero no era sólo de amigos; y cuando no vas...

Julio.—Cuando no voy...

Consolación.—Claro se ve que es sólo de amigos. Ya sé, ya sé que te gustan un poquillo las faldas.

Julio.—¡Un poquillo, no! De aquí a la casa de enfrente no voy si no es por unos ojos.

Consolación.—Ya sé también que tienes el genio demasiado alegre.

Julio.—¿Demasiado alegre? ¿En qué sentido?

Consolación.—En los cinco sentidos.

*Julio.*—Eso es muy cierto. Soy gran aficionado a ver, a oír, a oler...

*Consolación (Interrumpiéndolo.)*—Y a lo otro que falta; no te canses. Y, naturalmente, te quedarás en Alminar para ver, para oír, para oler...

*Julio.*—Etcétera, etcétera; no te canses tampoco tú.

*Consolación.*—¡Bueno! Me voy arriba.

*Julio.*—No te vayas ahora. ¿No vamos a arreglar las macetas? ¿No hemos quedado en adornar el patio juntos?

*Consolación.*—Sí; pero todavía... Voy a escribir antes.

*Julio.*—¿A escribir? ¿A quién?

*Consolación.*—¡Qué curiosidad, primo!

*Julio.*—¿Al tío Alfonso?

*Consolación.*—No. Y eso que no me olvido de aquella casa.

*Julio.*—¿A su mujer?

*Consolación.*—Tampoco. ¡Dios me libre!

*Julio (Con cierto asombro.)*—Entonces, ¿a quién vas a escribirle tú?

*Consolación.*—Es claro: si no es al tío Alfonso o a su mujer, ya no hay a quien escribirle en el mundo.

*Julio.*—¿A alguna amiga?

*Consolación.*—Pero ¡qué curioso!

*Julio.*—¿A algún amigo?

*Consolación.*—Ni amigo ni amiga: ¿tú que tienes que ver?

*Julio.*—Pues, hija, como no le escribas a San Antonio... porque se te haya perdido algo...

*Consolación.*—A San Antonio le escribí hace ya tiempo, certifiqué la carta, le metí dentro un sello... y no tuvo más remedio que contestarme.

*Julio.*—Ya.

#### EL GENIO ALEGRE

*Consolación.*—¿Comprendes?

*Julio.*—Sí. ¿Tienes novio?

*Consolación.*—Uno.

*Julio.*—¿Querías tener dos?

*Consolación.*—Con uno bueno hasta y sobra.

*Julio.*—Lo siento en el alma.

*Consolación.*—¡Primo!

*Julio.*—Sí, hija; sí te soy franco. Me molesta que las mujeres bonitas tengan novio. Las quiero o libres como el pájaro, o ya con su marido al margen. Por lo que no paso es por el novio. El novio es una figura molestísima.

*Consolación.*—Pues, hijo, hay que sufrir. Yo tengo otra opinión del mío. Voy a escribirle.

*Julio.*—Poquito, ¿eh?

*Consolación.*—¡Ay, qué gracia! Lo de todos los días. Un pliego tan cruzado que parece una tela metálica.

*Julio.*—¿Ves tú? Si no fuera por ese hombre, tú y yo seguiríamos charlando ahora. ¡Porque para algo me he quedado yo aquí!

*Consolación.*—Para algo, sí; pero para eso, no. Sé también que eres muy embustero.

*Julio.*—Achaques de la imaginación andaluza. ¿Tú no mientes?

*Consolación.*—Mejor y más que tú.

*Julio.*—Hola.

*Consolación.*—Mira: tú acabas de decirme que no te vas por el gusto de charlar conmigo, y eso es mentira, y yo no lo creo; y yo te he dicho que tengo novio, y es mentira también, y tú te lo has creído.

*Julio.*—¿No tienes novio? Hola, hola. ¿Conque no tienes novio?

*Consolación.*—No, hijo mío; ni me sale. Yo digo lo que

una muchacha de mi pueblo, que es muy salada: «Con mi media naranja han hecho por ahí un refresco.»

*Julio.*—¡Esto ya es otra cosa! ¡No tienes novio! ¿Arreglamos las macetas?

*Consolación.*—Así que las traiga Lucío.

*Julio.*—Conformes. Es particular lo que me sucede. Mi madre se va a quedar con la boca abierta. Porque te prevengo que ahora me voy a llevar un mes sin salir de casa.

*Consolación.*—La verdad es que eres un tarambana, primo. ¿Qué razón hay para que no vivas con tu madre?

*Julio.*—Eso es muy complejo. Diferencias de caracteres, de opiniones, de gustos... Claro que hay algo más...

*Consolación.*—¡Y tanto!

*Julio.*—No, no va por donde tú imaginas.

*Consolación.*—Pues cerca le andará.

*Julio.*—Eso sí.

*Consolación.*—¿A ver?

*Julio.*—Vale más que sigas sin saberlo. Por todo pasaría yo si mi madre pasara por una sola cosa mía.

*Consolación (Con interés.)*—¿Te gusta alguna mujer que a ella no le agrade?

*Julio.*—Me gustó..., y mucho.

*Consolación.*—¿De dónde era?

*Julio.*—De Málaga.

*Consolación.*—¿Cómo se llamaba? Dilo.

*Julio.*—Antoñita la Buñolera.

*Consolación.*—¡Julio!

*Julio.*—Tú me lo has preguntado.

*Consolación.*—¿Pero si eso se acabó, según parece?..

*Julio.*—Se acabó... cuando se murió ella.

*Consolación.*—¡Ah! ¿No vive?

## EL GENIO ALEGRE

*Julio.*—No vive; pero dejó rastro.

*Consolación.*—Ya. El aceite de los buñuelos se agarra mucho a la garganta. (*Con sorna.*) ¿No puedes olvidarla, eh?

*Julio.*—Tengo un hijo.

*Consolación.*—¿De la de los buñuelos?

*Julio.*—De la misma.

*Consolación.*—¡Vaya por Dios! Y tú ¿qué pretendes de tu madre?

*Julio.*—Que venga mi hijo aquí.

*Consolación.*—¿Y a tu madre... le hace daño la masa?

*Julio.*—¡No es que le hace daño; es que no consiente hablar de ello! ¡Le subleva la conversación!

*Consolación.*—¿Se parece a ti?

*Julio.*—¿Mi madre?

*Consolación.*—Tu hijo.

*Julio.*—Es un retrato mío.

*Consolación.*—Menos mal.

*Julio.*—¿Cómo menos mal?

*Consolación.*—Porque... dichosa la rama que al tronco sale.

*Julio.*—Ya sabes lo que me separa de esta casa. De esta casa... y de algunas mujeres.

*Consolación.*—¿De algunas mujeres? ¿Por qué?

*Julio.*—Porque sueño yo con que la mujer que llegue a ser mi esposa acepte ese hijo mío como primera condición... y lo quiera como yo lo quiero. Si no, no me caso. (*Silencio.*)

*Consolación.*—¿No tienes más que uno?

*Julio.*—No.

*Consolación (Alarmada.)*—¿Eh?

*Julio.*—¡Que no tengo ninguno!

*Consolación.*—¡Mentiroso!

*Julio.*—¡Que no tengo ninguno! Del mismo barro que hiciste a tu novio hice yo a mi hijo. Y acaso con la misma intención.

*Consolación.*—¡Pero lo has adornado mucho más! ¡Grandísimo cómico, farsante! ¡Si ha habido un momento en que creí que se te saltaban las lágrimas! No seré yo quien se fie de ti.

*Julio.*—Ni yo de ti, primita. Hablemos claro.

*Consolación.*—¡Ja, ja, ja!

*Julio.*—Y oye en serio una cosa.

*Consolación.*—¿En serio?

*Julio.*—En serio, sí.

*Consolación.*—Dime.

*Julio.*—Aguarda. *(Por la primera puerta de la izquierda sale Coralito en dirección a la escalera. Sonríe, mira maliciosamente al pasar, y sube.)*

*Consolación.*—¿Qué me ibas a decir?

*Julio.*—Muy sencillo. A ti te ha preocupado un instante que yo tuviera un hijo, y a mí me ha interesado un punto que tú tuvieras novio. ¿Por que es esto? ¿Me quieres contestar?

*Consolación (Busca la contestación, y no la encuentra, y dice:)*—¿Vamos a arreglar las macetas?

*Julio.*—¡Vamos a arreglarlas! ¡Ya era hora!

*Consolación (Llamando.)*—¡Lucío! ¡Lucío!

*Julio.*—¡Lucío! *(Sale Lucío de la casa de labor seguido de Diego.)*

*Lucío.*—¡Aquí están ya toas las macetas, zeñorita!

*Consolación.*—¡Pues vengan todas una a una, que vamos a poner el patio que va a reírse solo!

## EL GENIO ALEGRE

81

*Lucío.*—¡Ole! ¡ole! *(En menos que se dice, y con presteza y alegría juveniles, cubren y rodean de macetas la fuente y ponen otras al pie de las columnas, de tal suerte que truecan el patio en un jardín, cambiando su aspecto. Lucío y Diego les van entregando las macetas, que ellos distribuyen a capricho. Las hay de rosas, de geranios y de alhelies.)*

*Consolación.*—Verás tú qué prontito.

*Julio.*—¡Cuántas hay! ¿Dónde pongo yo ésta?

*Consolación.*—Esa, junto a la fuente. Las pequeñas en torno de la fuente. Dame acá, Lucío.

*Lucío.*—Tome usted.

*Consolación.*—Y las grandes, rodeando las columnas.

*Julio.*—¡Ajajá! ¡Qué bonita es ésta!

*Consolación.*—¿Y ésta, vale algo? Esta es mi orgullo.

*Julio.*—Ésta, aquí. Y ésta, aquí.

*Lucío.*—¡Ju, ju, ju!

*Consolación.*—Esta remonona, a la fuente.

*Julio.*—Otra a la fuente.

*Consolación.*—Y otra a la fuente.

*Julio.*—¡Cualquiera va conocer el patio!

*Lucío.*—¡Ju, ju, ju! ¡Cuando don Eligio lo vea!

*Consolación.*—¡Lo que pesa ésta, demonio!

*Julio.*—Ésta aquí.

*Consolación.*—Y aquí ésta.

*Julio.*—Y ésta.

*Consolación.*—Y esta otra aquí.

*Julio.*—¡No se acaban nunca!

*Consolación.*—Y tú aquí.

*Julio.*—Y tú con la de antes.

*Consolación.*—Y esta chica aquí, para que la vean.

*Julio.*—Y esta grande aquí, para que descuelle.

*Consolación.*—Y ésta aquí.

*Julio.*—Y ésta aquí.

*Consolación.*—Y ya no hay más.

*Julio.*—Y ya se acabaron.

*Lucío.*—¡Ju, ju, ju! ¡Qué bonito! Pero ¡qué bonito!

*Julio.*—Sí que está bonito de veras. (*Ríen satisfechos y se dejan caer fatigados cada uno en un sillón. Doña Sacramento ha bajado a tiempo de ver el fin de la faena, y pregunta llena de estupor*):

*Doña Sacramento.*—¿Qué es esto, Julio?

*Consolación.*—¡Tu madre!

*Julio.*—¡Mamá!

*Doña Sacramento.*—¿Qué es esto, Julio?

*Julio.*—Pregúnteselo a Consolación.

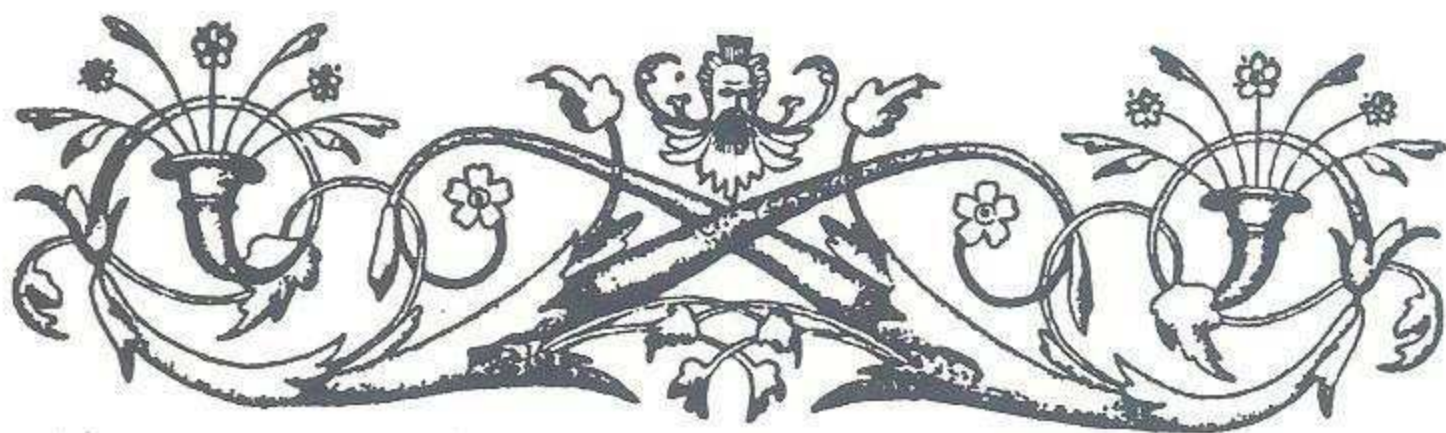
*Doña Sacramento.*—Consolación, ¿qué es esto?

*Consolación.*—Pregúnteselo usted a Lucío.

*Doña Sacramento.*—¿Qué es esto, Lucío?

*Lucío.*—¡Pregúntezelo usted a las golondrinas! (*Doña Sacramento pasea la vista por el patio, entre severa y sonriente, y los otros la contemplan gozosos, esperando su aprobación segura.*)

#### FIN DEL ACTO SEGUNDO



#### ACTO TERCERO

El patio es el mismo, pero parece otro. La transformación iniciada al final del acto segundo es ya completa. Los severos sillones han sido sustituidos por sillas de paja y mecedoras de rejilla; donde estaba el arcón hay un piano; por doquiera hay plantas y flores; en los arcos, macetas colgantes. Corre el surtidor de la fuente, diciendo cosas peregrinas. Es por la tarde.

*Coralito, a quien ya le consienten en la casa, bien que a regañadientes de don Eligio, dos deditos de escote, hállase asomada a la ventana del zaguán, como en accho de una víctima. En esto, Antoñito baja las escaleras a escape y cruza corriendo hacia la casa de labor, con unos pinceles y un frasco de aguarrás.*

*Coralito (Parando en su carrera al polluelo.)*—¡Jesú! ¿Quién ha tirao er tiro?

*Antoñito.*—¿Cómo?

*Coralito.*—¿Dónde va usted tan desesperao?

*Antoñito.*—A seguir retratando al don Eligio ése. A ver si quiere Dios que acabe hoy. Me dejé arriba el aguarrás...

*Coralito.*—Humó se necesita pa pintá a semejante bicho, y más con esa ropa antigua que se pone. Paese una sanguijuela. ¿Cuándo va usté a pintarme a mí?

*Antoñito (Dejando la «pose» por un momento.)*—Cuando usted quiera, Coralito.

*Coralito.*—Por mí... usté carcule. Me puedo poné otra blusita que tengo toavía más vaporosa, y con el escote un poquito más bajo, sin yegá a lo grave, naturalmente.

*Antoñito.*—Lo grave..., lo grave es lo bonita que es usted.

*Coralito.*—¡Carambo!

*Antoñito.*—Coralito...

*Coralito.*—¿Qué hay con Coralito?

*Antoñito.*—Coralito..., usted va a tener la culpa de que se haga una revolución en mis ideas artísticas.

*Coralito.*—¿Sí?

*Antoñito.*—Al tiempo. Voy a ver si concluyo con aquella momia, que por cierto está hoy de un humor de perros. (*Entrase en la casa de labor.*)

*Coralito (Cuando Antoñito se ha marchado.)*—Frito. Pero frito. Yo debo de tené solimán en los ojos. (*Por la primera puerta de la izquierda sale Ambrosio lleno de alegría y se dirige a Coralito.*)

*Ambrosio.*—¡Duro, duro! ¡Dale por ahí to lo que pueas!

*Coralito.*—¿Ha estao usté escuchando la conversación?

*Ambrosio.*—Zí, hija mía; y Dios te lo premie. No lo dejes viví; envenénale el aire; que haga números con los pinceles por tu persona; que se muera por ti... ¡A vé zi me lo cambias, precioza, y acaba por pintá argo bonito!

## EL GENIO ALEGRE

*Coralito.*—Pero ¿qué le pasa a usté con é, que lo tiene tan irritao?

*Ambrosio.*—¿Qué quiés que me paze? ¡Que er pajolero niño no pinta más que dezastres y cozas feas! ¡La casa me ha yena de cimiterios, y de ciprezes, y de niños tábiros, y de mujeres flacas!

*Coralito.*—¡Vaya un gusto que tiene!

*Ambrosio.*—¡No hay un liziao en er pueblo a quien no haya copiao! El único hombre cabá que ha pintao zoy yo, y pa ezo me ha puesto un coló verde y una tiriya en pie, que paece que me están ajorcando.

*Coralito.*—¡Ay, qué risa!

*Ambrosio.*—¡Mía que pintarme a mí verde! Poz ahora está retratando a zu madre, y verde; y a zu hermana, y verde. Pajolero niño, ¿zomos pimientos o zomos tu familia?

*Coralito.*—¡Ja, ja, ja!

*Ambrosio.*—¡Zi yo yego a penzá que iba a tomá eze rumbo, en zeguía lo dejo zé pintó! Dale, Coraliyo, dale tú, hasta meterle er zó dentro e la cabeza. Mía que zi conzigues que te pinte tar como eres, o que pinte esté patio, o que pinte una zandía... ¡verde por fuera, zi quié gastá er verde, pero colorá por dentro, como zon las zandías!... ¡te compro un mantón de Manila de dos mir reales, bordao en tos los colores que er pajolero niño tiene en la caja y que no zé pa qué rejinojo le sirven! (*Se encamina a la casa de labor.*)

*Coralito (Riéndose.)*—Vaya usté con Dios... y prepare usté los dos mil reales.

*Ambrosio (Volviéndose en la misma puerta.)*—¿De verdá?

*Coralito.*—Cuando yo lo digo...



*Ambrosio.*—¡Ole! ¡Bendita zean las caras graziosas y los cuerpos zerranos! ¡La diferencia que va de esta mujé a la colerción de fieras que tengo yo corgás por las paredes de mi caza!

*Coralito.*—También le gusto ar padre. Una familia atravesá por mí. (*Asómase Salud por la ventana del zaguán. Viene con su marido, el gran Pandereta, y con Rosita, su hija. Son un matrimonio popular, feliz si los hay.*)

*Salud.*—Ssss... Ssss... Güenas tardes.

*Coralito.*—Güenas tardes.

*Salud.*—¿Está la señorita?

*Coralito.*—¿Cuá señorita?

*Salud.*—La señorita Consolación.

*Coralito.*—Sí que está.

*Salud.*—Pos abrá usté, que venimos a verla. Nos ha mandao vení...

*Coralito.*—¡Ah! ¿Ustedes son los jardineros?

*Salud.*—Sí, señora. (*Abre Coralito el portón y salen los tres recién llegados. Quédase entornado el portón.*)

*Pandereta.*—Salú, pimpoyo.

*Coralito.*—Dios guarde a ustedes. Ayé sintió muchísimo er no está aquí cuando ustedes vinieron. Dise que a usté no lo conose, pero que con usté ha jugao en er patio e su casa.

*Salud.*—Mía cómo eya se acuerda. ¡Es más güena la señorita!

*Coralito.*—Vi a avisarle. (*Sube.*)

*Pandereta.*—¿Tú has reparao, Salú? ¿Ha cambiao este patio? Se conoce que la señorita nueva trae mucha alegría.

*Salud.*—¡Si anoche me dijo Frasquita la cosinera que hasta va a meté aquí un ateatro! ¡Y que don Eligio, el arministradó, está con eso por las nubes!

## EL GENIO ALEGRE

*Pandereta (Riéndose.)*—¡Je, je! ¡Don Eligio! Qué mur-siélago es don Eligio!

*Salud.*—Yo tengo muchas ganas de vorvé a vé a la se-ñorita. Tú carcula: era mi madre lavandera en su casa...

*Pandereta.*—Me lo has contao noventa veces; pero sigue.

*Salud.*—¿Pa qué? Joseliyo María, ¿te acuerdas tú de cuanto servíamos acá?

*Pandereta.*—¡No que no!

*Salud.*—¿Y de cuando entramos en relaciones? ¿Te acuerdas?

*Pandereta (Señalando a una columna.)*—Ayí te di er primero.

*Salud (Señalando a otra.)*—No, que fué ayí.

*Pandereta.*—Ayí fué donde nos pescó don Eligio y nos plantó en la caye. (*Se ríen los dos. Consolación baja.*)

*Consolación.*—¡Salud!

*Salud.*—¡Señorita! (*Se besan.*)

*Consolación.*—¡Qué guapa estás, mujer!

*Salud.*—Este es mi marío.

*Pandereta.*—Pa servirla a usté, señorita.

*Consolación.*—Gracias. ¿La niña es tuya?

*Pandereta.*—Y mía también.

*Consolación.*—Ya me hago cargo. Tiene buen humor tu marido.

*Salud.*—Pandereta le yaman.

*Consolación.*—La chiquilla es preciosa. (*La besa y la acaricia.*) ¿Cómo te llamas tú?

*Rosa.*—Rosita.

*Salud.*—Es la mayó que tengo. Tres más quean en casa.

*Consolación.*—¿Tres más?

*Pandereta.*—Y la imaginación proyertando.

*Consolación.*—Sentarse. Y tú ¿qué haces ahora, Salud?

*Salud.*—Este, que es un poquiyo hortelano y otro poquiyo jardinero.

*Pandereta.*—Na: una güertesita que tenemos ahí a la salía der pueblo, con cuatro lechugas y cuatro flores. Rosa que no se vende en la caye, se la pone mi mujé en er moño; y tomate que no se vende en la prasuela, tomate que se echa en er gazpacho.

*Salud.*—¿Qué se le va a hasé, señorita? Si somos probes, ¿ensima son vamos a apurá?

*Pandereta.*—¡Eso sí que no! En mi casa tengo yo prohibió arrugá el entresejo. Yo no he estao triste más que una vez en toa mi vida: cuando enfermó la madre de ésta, y dijo er médico... que no era cosa de cuidao.

*Salud.*—¡Caya, sirvergüenza! ¿Scrá sirvergüenza? Es mu sirvergüenza. Nos yevamos mu bien.

*Consolación.*—Ya, ya lo veo. Sin embargo, Pandereta, a mí me han dicho que se le va a usted la mano con Salud.

*Salud.*—Diga usted que no es verdá, señorita.

*Pandereta.*—Diga usté que sí, que es verdá. Cuando bebo, que es de tarde en tarde... vamos, toas las tardes, algunas veces me da negra y le sacudo tres o cuatro gorges.

*Salud.*—Güeno, pero luego nos reímos.

*Pandereta.*—Como que si no nos riyéramos luego, yo no te ponía un deo ensima.

*Salud.*—Señorita, si una no tiene más tesoro que está contenta. ¿Qué va una a sacá con emberrenchinarse? Perdé la salú.

*Pandereta.*—¡Eso! Miste, probes semos como las ratas, pero ni cya ni yo envidiamos a nadie. Yo voy a casa de don Manuer Tinaja, que debajo e ca ladriyo tiene una onsa e oro, y no veo más que esaborisiones por toas partes. Se ponen a armosá, y un niño toma la emursión, y el otro

#### EL GENIO ALEGRE

89

el aseite, y el otro una pírdora en ca plato, y er padre agua de una boteya asú, y la madre agua de una boteya con un grifito... ¡Pa eso que se muden a la botica!

*Salud.*—Pos ¿y en casa de doña Guadalupe, donde vi yo hasé los mandados? Er marío pelea con la mujé; la mujé pelea con er suegro; er suegro pelea con la cuñá; la cuñá pelea con er cuñao; er padre esloma a los chiquiyos; las crias no paran dos días... ¿Y eso es viví? Miste nosotros. De mi vera no se espegan mis hijos.

*Consolación.*—Ea, pues vamos a lo nuestro.

*Pandereta.*—Usté nos dirá, señorita.

*Salud.*—¿Es pa argo der jardín pa lo que usté quiere a mi marío?

*Consolación.*—Justamente. Es una lástima de jardín; está perdido, abandonado. ¿Usted lo conoce?

*Pandereta.*—¿Er jardín? Mejó que er genio de mi suegra.

*Consolación.*—¿No es verdad que se puede poner muy bonito? Con varios cuadros de rosas y claveles, algunos de violetas, un par de celindas, un jazmín en un muro, una enredadera en el otro... ¿Verdad? El cenador, que es lindísimo, quisiera yo cubrirlo de rosas, a ser posible, de pitiminí. Gracias a Dios, la tierra es buena y hay agua abundante, y me da pena que la tierra esté sin dar flores, y el agua parada, y todo muerto.

*Pandereta.*—Sí que da pena, señorita.

*Salud.*—Usted verá qué bien lo arregla éste. A fantasía no le gana ningún jardinero.

*Pandereta.*—Yo le pongo a usté una enredadera de campaniyas en er muro de frente a la casa, que en cuanto principie a dá fló hasta van a tocá las campaniyas.

*Consolación.*—Mejor que mejor. Y ¿a qué van a tocar, Pandereta?

*Pandereta.*—Según. Cuando entre usted en el jardín, a Gloria; cuando se presente el arministradó, a las Animas.

*Consolación.*—¡Ja, ja, ja! ¿Tu marido también conoce a don Eligio?

*Salud.*—¡Digo! Si nosotros servíamos acá; sino que nos echaron a la caye a los dos días de novios.

*Consolación.*—¿Por qué?

*Pandereta.*—Porque ésta se reía de to y yo también, y se hartaron de tanta risa.

*Consolación.*—Bueno, pues vengan ustedes al jardín. Allí, sobre el terreno, veremos lo que puede hacerse. Ande usted, Pandereta.

*Pandereta.*—Vamos donde usted diga. (*Se encaminan a la casa de labor, a tiempo que sale de ella don Eligio echando chiribitas y vestido con la ropa de dos siglos ha, que ya le conocemos.*)

*Don Eligio.*—¡Mamarracho de pintorcillo! (*Al encontrarse con el grupo.*) ¿Eh? Buenas tardes. (*El efecto que tamaña aparición les produce a todos es extraordinario. La risa se les escapa de los labios y se esfuerzan en contenerla. Primero Consolación, luego Salud con su niña, después Pandereta, contestan como pueden a las buenas tardes, y uno detrás de otro se van a soltar la risa allá dentro.*)

*Consolación.*—Buenas tardes.

*Salud.*—Güenas tardes.

*Pandereta.*—Güenas tardes. (¿Se ha escapao de un cuadro este hombre?)

*Don Eligio.*—¡Ah! ¿También he de servir yo de chaco-

## EL GENIO ALEGRE

ta? Voto va, que se engañan muy mucho! ¡Pues buen día llevo para aguantar ancas de nadie!

(*Baja doña Sacramento.*)

*Doña Sacramento.*—¿Qué es eso, señor don Eligio?

*Don Eligio.*—Señora marquesa, perdone usted si llega a alcanzarle alguna chispa de mi cólera, pero me hallo fuera de mí.

*Doña Sacramento.*—¿De su cólera? Y ¿por qué causa se le ha encendido así, amigo mío?

*Don Eligio.*—No es una causa sola; son miles de causas que conspiran contra mis ideas, contra mis hábitos, contra mis nervios. En esta santa casa ha entrado un vendaval que todo lo ha desordenado y revuelto.

*Doña Sacramento.*—¿Se refiere usted por ventura a mi sobrina Consolación?

*Don Eligio.*—¡A ella misma! Hora es ya, señora marquesa, de que pongamos freno a sus locuras.

*Doña Sacramento.*—¿A sus locuras?

*Don Eligio.*—De alguna manera he de llamarlas.

*Doña Sacramento.*—¿Y si le dijese a usted, bondadoso amigo, que las locuras de mi sobrina van ganando mi ánimo?

*Don Eligio (Perplejo).*—¿Sería posible, señora marquesa?

*Doña Sacramento.*—¿Por qué no? Aún no hace un mes que vive conmigo, y ya ha modificado en algo mis costumbres, y ha alterado la severidad de mi casa, llenándola de gritos, y de risas, y de pájaros, y de flores; y si bien esto empezó por desconcertarme y aturdirme, y por levantar mi protesta —usted es testigo—, hay una razón que puede más que todo... que me lleva a agradecer esa alegría.

*Don Eligio (Doblemente perplejo.)*—¿A agradecerla?

*Doña Sacramento.*—Y ¡quién sabe si a bendecirla!

*Don Eligio.*—¡Yo voy a perder el juicio!

*Doña Sacramento.*—Mi hijo Julio, desde aquella misteriosa aparición de hace quince días, no sale de esta casa; el, que, a pesar mío, no paraba jamás en ella, arrastrado por los atractivos de otra vida sin disculpa alguna. ¿Es el amor quién aquí lo retiene? No lo sé. ¡Ojalá lo sea! Porque yo sé decirle a usted, excelente Frías, que mi hijo, llenando con su prima este patio de flores; planeando la reforma del jardín; ideando la construcción del teatrillo en las habitaciones cerradas; discurrendo sobre la comida de los pobres y la fiesta a los trabajadores del cortijo, y todas las cien cosas que sueñan juntos, es dichoso; es honradamente dichoso. Y así lo quiero.

*Don Eligio.*—¿He oído yo mal, señora marquesa, o soy víctima de algún maleficio? ¿Es decir que usted está pronta a sepultar sus más caras ideas?

*Doña Sacramento.*—Nada de eso: en todo caso a modificarlas, si a ello me llevaran mis reflexiones. Pero a lo que sí estoy decidida es a que mis sentimientos más legítimos vivan a la par que ellas.

*Don Eligio.*—¡Bien! ¡Muy bien! ¡Perfectamente bien! De todo lo cual yo colijo que usted autoriza, en el austero palacio de los Arrayanes, la construcción de ese teatrillo de que antes ha hecho mérito.

*Doña Sacramento.*—Teatrillo, no; teatrillo. Lo he prometido ya.

*Don Eligio (Despechado y furioso.)*—¡Soplan vientos de libertinaje!

*Doña Sacramento (Con severidad.)*—Señor de Frías...

## EL GENIO ALEGRE

*Don Eligio.*—La señora marquesa me disculpe. Y luego me oiga.

*Doña Sacramento.*—Hable usted.

*Don Eligio.*—Como ya creo percibir claramente que, de hoy más, cosa que yo refute o discuta en esta su casa, será cosa hecha, para darme a mí con la badila en los nudillos, tengo el sentimiento de anunciar a la señora marquesa que en este punto y hora han acabado mis servicios aquí.

*Doña Sacramento.*—¡Querido Frías!

*Don Eligio.*—¡Señora marquesa!

*Doña Sacramento.*—¡Me dará usted el mayor disgusto de mi vida!

*Don Eligio.*—No es menor el que a mí me causa, mi señora. (*Sale Julio por la primera puerta de la izquierda un poco sorprendido e interesado.*)

*Julio.*—¿Qué ocurre? ¿Qué charlan ustedes? (*Reparando en la guisa de don Eligio.*) ¡Hola! ¿Dónde va vuesa merced tan galán, señor caballero?

*Don Eligio.*—La señora marquesa de los Arrayanes tiene la palabra. Con todos los respetos. (*Hace el hombre un par de cortesías y se va por las escaleras a cambiar de traje cuando menos.*)

*Julio.*—¿Qué yerba ha pisado don Eligio, mamá?

*Doña Sacramento.*—La yerba que ha pisado, no sé; pero se nos viene encima una gran desgracia.

*Julio.*—¿Qué? ¿Va a dar quizá conferencia?

*Doña Sacramento.*—No es caso de broma. Está contrariadísimo con todo lo que aquí sucede, y acaba de participarme que nos deja.

*Julio.*—¡Bah! Creí que era otra cosa. Ya lo convenceremos.

*Julio.*—Cuenta con que se queda en casa. Don Eligio es un infeliz. La adulación lo rinde, ya lo sabes. Como yo le proponga que inaugure el futuro teatrillo con una conferencia a propósito del teatro griego, es hombre al agua. Y aun lo verás trabajar en algunas comedias. ¿Qué digo comedias! ¡En el intermedio de baile!

*Doña Sacramento.*—Calla, calla por Dios.

*Julio.*—Sobre todo, mamá, tú y yo no reñimos. ¿Hemos vuelto a tener más *tiquis miquis* desde que te lo prometí?

*Doña Sacramento.*—No en verdad; y así te quiero siempre.

*Julio.*—Y así espero seguir mucho tiempo.

*Doña Sacramento.*—¿Cuánto?

*Julio.*—¿Cuánto? Pronto lo sabré. (*A Coralito, que sale de la casa de labor.*) Coralito.

*Coralito.*—Mande usted.

*Julio.*—¿Y la señorita Consolación?

*Coralito.*—Por usted preguntaba ahora. En er jardín está con Pandereta.

*Julio.*—¡Caramba! Y ¿cómo no me lo has avisado? ¿Vienes, mamá?

*Doña Sacramento.*—¿También yo he de ir?

*Julio.*—Sí, quiero que se haga todo a gusto tuyo.

*Doña Sacramento.*—¿A gusto mío?

*Julio.*—A gusto tuyo, sí; no subrayes.

*Doña Sacramento.*—Pues vamos al jardín. (*Se van hijo y madre por la puerta de la casa de labor.*)

*Coralito.*—¡Ya lo creo que se quieren! La señorita jura

#### EL GENIO ALEGRE

95

que ér no le ha dicho nada todavía; pero ni de espaldas que negá er señorito que le ha tomao cariño. (*Suspirando.*) ¡Ay! (*Saca un espejito de bolsillo y se da un vistazo.*)

(*Lucío, que sale por el portón, se queda contemplándola burlonamente. Viene del campo. Trae una espiga en el sombrero.*)

*Lucío.*—¿Te vas a retratá?

*Coralito (Volviendo la cara.)*—¡Hola! ¿Ya yegaste?

*Lucío.*—¿Prezumes tú argo?

*Coralito.*—Hombre, el arreglo siempre dise bien de la persona. (*Con coquetería.*) Y las que somos feas... nos tenemos que componé.

*Lucío.*—Ezo sí.

*Coralito (Indignada.)*—¿Qué sí?

*Lucío.*—Tú mesma lo has dicho.

*Coralito.*—Lo que digo yo mesma es que estás más ganso ca día.

*Lucío.*—Mejó pa mí. Er zé ganso engorda. Oye: ¿y la zeñorita Conzolación?

*Coralito.*—¡Yo qué sé! En er jardín con er señorito.

*Lucío.*—¡La zuerte e loz hombres! ¡Mira que zi argún día me quiziera a mí una mujé como la zeñorita Conzolación! ¡Ah!

*Coralito (Siempre en la brecha.)*—¡Quién sabe! Si tú te sivilisaras un poco...

*Lucío.*—¡Vamos, quita! Lo más que me quié a mí ez una zurrapastroza der barrio e los gitanos. ¡Ju ju, ju! (*Mirando de pronto al de la gola y poniéndose serio.*) ¿Ya empezamos, amigo? (*A Coralito.*) ¿Qué te zuce de a ti?

*Coralito (Quemadísima.)*—¡Nada!

*Lucío.*—Poz esto de la zeñorita y del zeñorito, yo me

lo malicié. Y ar principio me jizo er corazón azín pa arriba y pa abajo, porque me había enamoraó como una bestia de la zeñorita.

*Coralito.*—No se hizo la mié...

*Lucío.*—Pero aluego ze me pazó aqué delirio, ze me zalió er jumo e la cabeza, ¿zabes?... y me entró una alegría mu grande de que pazara lo que paza. Tanto ez azín que antié, mientras limpiaba er patiniyo, estuve zacando un *verzo* pa los dos. Pero no una aleluya como otras que he zacao, sino un *verzo* largo, azín por el estilo de un romance. Conque fi y agarré y ze lo yevé escrito a don Juan Martínez er procuradó, que es poeta y tiene una corona en zu despacho, con intención de que me lo arreglara. Y me lo ha arreglao... Pero ahora rezurta que a mí me gusta más como yo lo jice. Y estoy acechando una ocazió pa echárzelo a ojos. En cuantito los vea juntos a los dos diciéndoze ternuras. Verás tú, Coralito, verás tú. Principia azín:

*Todas las flores der campo  
ze han puesto er traje de gala,  
y también er zó se ha puesto  
zu corona de oro y plata...*

*Coralito.*—¡Ay, qué bonito!

*Lucío.*—¡Zi zigue todavía! Verás tú.

*Coralito.*—¿Cuándo me sacas a mí un *verzo*?

*Lucío.*—¿A ti?

*Coralito.*—Sí.

*Lucío (Mirándola con cierto orgullo satisfecho.)*—Ya te lo zacaré; no te apures.

*Coralito.*—¿De veras, Lucío?

#### EL GENIO ALEGRE

97

*Lucío.*—Sí, mujé; de veras.

*Coralito.*—A vé cuántas cosas me dices.

*Lucío.*—Zegún me coja. Zi me da por lo fino, por lo fino; zi me da por lo grazioso; por lo gracioso; si me da por lo verde...

*Coralito.*—Mira, que te dé por lo fino, y así se lo mando a mi madre.

*Lucío.*—¿A tu madre?

*Coralito.*—Sí.

*Lucío.*—Po zi ze lo mandas dirle de quién es.

*Coralito.*—¿No tengo de desírselo? (*Acercándose con zalamería.*) Le diré: Mamá, sabrás que te mando ese *verso* que me ha sacao un muchacho que está aquí en casa, y que tiene esa habilidá. Un muchacho muy guapo..., muy listo..., muy simpático..."

*Lucío.*—¡Ju, ju, ju! ¡Pos no te pones tú mu meloza!

*Coralito.*—¡Qué brutísimo eres!

*Lucío.*—¡Ju, ju, ju! (*Encarándose de nuevo con el de la gola.*) ¿Güerta a mirá, compadre? ¡Ea, por ya me jarté yo! ¡Me río jasta que ze me zarten las muelas!

*Coralito.*—¿Qué dices?

*Lucío.*—¡Y zi a usté también le jace la pascua que ze haigan traío flores ar patio, y que corra la fuente, y que tos estemos contentos, ze güerve usté pa la paré y azín ze ajorra eze dijusto: (*Dando un respingo de repente lleno de pavor.*) ¡Eh!

*Coralito.*—¿Qué te pasa, Lusío?

*Lucío.*—¡Que me parece que me ha sacao la lengua!

*Coralito.*—Tú estás loco.

*Lucío.*—¡No estoy loco! ¡Es que eze *gachó* no me deja viví! ¡Me mira de tos laos!

*Coralito.*—Y ¿tú no sabes por qué es eso?

Lucío.—¿Ze ha enamorao de ti también?

Coralito.—¿De mí?

Lucío.—A tu parecé zará el único que farte en la caza.

Coralito.—¡Vaya! No se puede tratá contigo. Cuando está una más tranquila suertas una patá.

Lucío.—¡Pos nadie te ha yamao a mi vera!

Coralito.—¡Otra, hijo, otra!

Lucío.—Zi no presumieras como presumes!... Y después e to, zi te ze mira espacio, ¿qué fienes tú que varga dos pezetas? Un conjunto azín, que no es repunante, un ojo más chico que otro, una nariz que ez un peyizco, y pare usté e contá. ¡Ea! ¡Me vi adentro a jugá con la perra, que gasta menos posturitas! (*Entrase en la casa de labor.*)

Coralito (*A punto de un ataque nervioso.*)—¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!, ¡qué bestia!, ¡qué bestia!, ¡qué bestia! Y lo malo es que tiene rasón mi señorita Es el único que me gusta! ¡Ay!, ¡ay! Bien carito voy yo a pagá to lo que me he divertío con los hombres (*Pasea agutadísima, haciéndose aire con el delantal y queriendo tranquilizarse.*)

(*Salen de la casa de labor Consolación y doña Sacramento.*)

Consolación.—Sí, señora. ¡Pues ya lo creo! Cuanto antes, mejor. Escucha, Coralito.

Doña Sacramento.—¿Qué te ocurre?

Coralito.—¿A mí? Pos ¿qué tengo?

Consolación.—Los carrillos como tomates y los ojos echando bombas.

Coralito.—Tomaré sarsaparriya.

Consolación.—¡Ah, ya sé! Esto ha sido una pelotera con Lucío. Siempre andan así. Acabarán casándose.

Coralito.—Eso quisiera él.

#### EL GENIO ALEGRE

Consolación.—Y ¿tú no?

Coralito.—¿Yo? No como telera.

Doña Sacramento.—Bien está. Sube y avísale al señor administrador que la señorita Consolación quiere hablarle.

Coralito.—Ahora mismo. (*Sale andando y sube con tal gracia que hace inverosímil el desdén de Lucío.*)

Doña Sacramento.—Prefiero que seas tú quien interceda, porque mi hijo Julio a lo mejor lo echa a perder todo con una broma.

Consolación.—¡Y yo lo hago encantada! Esté usted tranquila. Un pobre señor que tanto quiere a usted, que lleva tantos años a su servicio, honrado, bueno...

Doña Sacramento.—¡Oh! A carta cabal. Su conducta siempre ha sido intachable.

Consolación.—Le digo a usted que no me lo perdonaría. Déjeme usted sola con él.

Doña Sacramento.—Eso es muy acertado. Aquí aguardo yo. (*Éntrese por la puerta de la derecha.*)

Consolación.—¡Pobre don Eligio! La verdad es que está pasando las de Caín. (*Se sienta.*) Ahí viene.

(*Baja, en efecto, don Eligio, vestido ya de americana, y con toda la rapidez que exige lo interesante de la entrevista, si bien con cara de pajuela.*)

Don Eligio.—¿Es cierto, señorita, que desea usted hablar con mi humilde persona?

Consolación.—Es cierto.

Don Eligio.—Pues aquí me tiene a sus órdenes como caballero y como servidor.

Consolación.—Muchas gracias; pero vamos a hablar sólo como amigos. Si usted no quiere serlo mío, yo me empeño en ser amiga de usted. Siéntese aquí a mi lado.

*Don Eligio.*—¿Que yo no quiero ser su amigo, señorita?

*Consolación.*—No, señor; acaba usted de decirle a mi tía que se va de esta casa, porque yo estoy loca como un cencerro y usted no me puede resistir.

*Don Eligio (Escandalizado.)*—¡No! ¡no! ¡Así, no! ¡No hay que alterar los textos!

*Consolación.*—Eueno, la forma será otra, pero ése es el zumo del limón. Mi tía ha tenido un verdadero sentimiento; yo, no se diga. ¿Cómo no me ha de doler que por mi causa determine marcharse de aquí, donde casi ha nacido, un servidor leal, un amigo excelente y un consejero bondadoso?... No, no, no. Señor de Frías, antes de consentir que usted salga por esa puerta, salgo con mi doncella, con mis flores, con el loro, con el piano, con la perrita y con toda la balumba que conmigo ha venido para desesperarlo a usted.

*Don Eligio.*—¡Señorita!

*Consolación.*—Así como suena. Usted no me conoce todavía, don Eligio.

*Don Eligio (Sumido en un mar de confusiones.)*—Pero, bueno... Pero..., poco a poco... Entendámonos... Precisa ordenar la discusión.

*Consolación.*—Lo que precisa es que usted y yo nos digamos las verdades claras. Vamos a ver. ¿Qué motivos tiene usted para irse? ¿Qué ventolera es ésa?

*Don Eligio.*—El caso es que... hecha así la pregunta...

*Consolación.*—¿Le ha molestado a usted quizá que llene el patio de macetas?

*Don Eligio.*—¡Oh! ¡Por Dios!... Eso, nunca..., nunca... ¿A santo de qué?

*Consolación.*—Naturalmente. Las macetas a nadie estor-

## EL GENIO ALEGRE

101

ban; alegran la vista, perfuman el aire... Entonces, ¿qué le contraría: que la fuente corra, que suene el surtidor?

*Don Eligio.*—Menos aún... Corra el surtidor en buena hora.

*Consolación.*—Buscaremos otro pecado. ¿Es quizá la canariera que he puesto arriba lo que subleva a usted?

*Don Eligio.*—¿La canariera? ¿Me lo pregunta usted en serio?

*Consolación.*—Ya veo que no es la canariera. A otra cosa. ¿Es el loro?

*Don Eligio.*—El loro es harina de otro costal. No por el ave en sí, sino por las lecciones que aprende.

*Consolación.*—Le advierto a usted, y hasta se lo juro, que yo no soy quien le ha enseñado a decir: "¡Que baile don Eligio!"

*Don Eligio.*—¿Que baile don Eligio? Pero, ¿dice el loro tal cosa? ¡No lo dirá más de una vez en presencia mía! ¡Eso es una burla que no se puede tolerar! Mas ya comprenderá usted, señorita, que son razones de mayor entidad las que me han impulsado a despedirme.

*Consolación.*—¿Luego las hay?

*Don Eligio.*—Confieso que las hay.

*Consolación.*—Seguiremos buscándolas con un candil. ¿Acaso es una que yo reciba en este palacio a los pobres que vienen a verme? (*Don Eligio tuerce un poco el gesto.*) Eso podrá parecerle mal a la gente frívola, a la gente que vive de la etiqueta y de la farsa; pero un hombre todo corazón, como usted, no es posible que desaprobe que trate yo con bondad y cariño a los que sufren, a los que necesitan.

*Don Eligio.*—No pinta usted más que un lado agradable de las cosas...



*Consolación.*—Y si las cosas tienen un lado que es agradable, ¿a qué se han de mirar por ningún otro? Pero ¡ton-ta de mí! Ya caigo en lo que ha sacado a usted de sus casillas. Lo del teatrillo.

*Don Eligio.*—Lo del teatrillo...

*Consolación.*—Lo del teatrillo por fuerza lo ha entendido usted mal. ¿Usted se figura que en ese tablado se van a bailar tangos y peteneras?

*Don Eligio.*—¡Presumo que no!

*Consolación.*—Y cuidado que a mí las peteneras me gustan. Y aun las bailo. Este teatrillo no será más que un recreo casi inocente... agradable, culto... Lo primero que he pensado yo es que comedia que se represente, comedia que usted ha de elegir.

*Don Eligio.*—¿Ha pensado usted eso?

*Consolación.*—¡Pues claro! ¿Quién mejor que usted, que tanto sabe y tanto ha leído? Porque yo le hago la justicia de creer que no será usted de los que cierran abiertamente contra el teatro.

*Don Eligio.*—No en mis días. El teatro es lugar de honesto esparcimiento, a la vez que de provechosa enseñanza.

*Consolación.*—¡Muy bien! ¿Ve usted cómo no peleamos? Pues usted será el que lleve la voz cantante en el de casa. Y si quiere, para la primera función, elige una comedia de un religioso. Por ejemplo: de Tirso de Molina. ¿No era fraile Tirso de Molina?

*Don Eligio.*—Sí, sí; pero... Tirso de Molina... Ya maduraremos ese asunto. Porque, a pesar de que era fraile... es más verde que un apio.

*Consolación.*—Quien dice Tirso de Molina dice Lope de Vega... ¿No era cura?

## EL GENIO ALEGRE

103

*Don Eligio.*—Sí... sí, era cura... pero era un cura muy especial.

*Consolación.*—¿Muy especial? Pues, ¿qué especialidad tenía?

*Don Eligio.*—Dejemos ahora eso... Es cosa que debe meditarse muy mucho.

*Consolación.*—Me he fijado en los autores antiguos, porque como de estos del día dicen por ahí que no escriben más que cosas que no podemos ver... Pero, en fin, sigamos nuestro pleito. Explicado lo del teatro, ya veo que no sólo somos amigos, sino amiguísimos.

*Don Eligio.*—Indudable.

*Consolación.*—¿Quiere usted que escribamos una obra en colaboración? Usted pone lo serio y yo los chistes.

*Don Eligio (Apretando la cara para no soltar la risa.)*—¡Jesús!

*Consolación.*—Don Eligio, si le hace a usted gracia alguna cosa que yo le diga, ríase sin cuidado, que yo no se lo cuento a nadie.

*Don Eligio.*—Eso temo: que acabará usted por hacerme reír.

*Consolación.*—Como que después de tanto hablar, vengo a sacar en limpio que nada le molesta a usted de mi persona más que las ganas con que me río; lo que atolondro, lo que charlo; lo que voy de aquí para allá, lo que revuelvo...

*Don Eligio.*—Le diré a usted...

*Consolación.*—No, no, señor; en este punto no me diga usted nada; no hay discusión posible. Tiene usted que tragarme así. A mí no me gustan esos lentes redondos que usa usted, y tampoco le he dicho nada hasta ahora. Yo he hecho siempre, y hago, y haré todo lo posible para alegrar mi

vida y la de aquellos que me rodean. Alegrar la vida es quererla, y quererla es una manera de adorar a Dios, que nos la ha dado. Convéznase usted, don Eligio: el que está alegre es más noble, más bueno, menos egoísta, más fuerte...

*Don Eligio.*—¿Más fuerte también?

*Consolación.*—También. Ayer me decía mi primo, hablando de esto, que él vió cuando estuvo en campaña, que los soldados que mejor resisten la vida dura de la guerra son los más alegres, los que saben cantar y reír. De modo que yo tengo razón que me sobra por la punta del pelo; que usted antes se acaloró; que ahora me da un abrazo...

*Don Eligio.*—¿Un abrazo?

*Consolación.*—O dos, si le parece poco. Y que para tal culpa, tal pena: usted le proporcionó a mi tía el disgusto de anunciarle su marcha, y ahora va a entrar en esa habitación, donde ella está, a decirle que sigue honrándonos con su compañía.

*Don Eligio.*—Señorita Consolación, la honra..., el honrado...

*Consolación.*—Ni una palabra más: el abrazo, y adentro. (*Don Eligio la abraza, tambaleándose de pura turbación.*)

*Don Eligio (En ademán de darle otro abrazo.)*—Repito que...

*Consolación.*—No repita usted nada: adentro. Advirtiéndole a usted una cosa: que esta escena es única en su género.

*Don Eligio.*—Entendido, entendido. Obligadísimo a su bondad. (*Iluce una cortesía lo mejor que puede y se va en*

## EL GENIO ALEGRE

105

*busca de doña Sacramento, enjugándose un par de gotas que asoman a sus ojos, probablemente de tinta china.)*

*Consolación.*—¡Lo he convencido! ¡Claro! ¡Si no hay como tener razón y no dejar hablar! (*Salen de la casa de labor Julio, Pandereta, Salud y su niña.*)

*Julio.*—Consolación.

*Consolación.*—¿Qué hay?

*Julio.*—Pandereta que se va y quiere saber si viene ya desde mañana.

*Consolación.*—Sí, sí; desde mañana.

*Salud.*—Ea, pos muchas gracias, señorita, por haberse acordao de nosotros.

*Pandereta.*—Yo me pienso traé a tres o cuatro hombres.

*Julio.*—Los que necesites: allá tú.

*Pandereta.*—Me traeré al hijo er Siego, me traeré a Torniyo, me traeré a Seboya, me traeré a Caralata...

*Salud.*—No te traigas a ninguno que se emborrache.

*Pandereta.*—Pos entonces vas a tené que vení tú sola con los retratos e los sinco.

*Salud.*—Conque vámonos ya, que es tarde, Señorita, quéese usted con Dios. Con Dios, señorito.

*Consolación.*—Adiós, Salud.

*Julio.*—Adiós.

*Consolación.*—Niña, dame un beso.

*Salud.*—A vé si va usted una tarde por la güerta.

*Pandereta.*—Con Dios, don Julio. Con Dios, señorita. Que haiga salu, y que muchos años les baile a ustés la risa en la boca, como ahora.

*Salud.*—¿Quiés no charlá más?

*Pandereta.*—Después e to, dentro de sien años, tos carvos.

*Salud.*—Anda, hombre.

*Pandereta.*—Ya nos vamos, ya. Yo lo paso tan bien en

este mundo, señoritos, que er día que me muera, si por casualidá ven ustés mi entierro, no digan ustés: "¡Hombre, probesiyo Pandereta! ¡Lástima e Pandereta! ¡Tan güen jardinero como era Pandereta!" No lo digan ustés. Lo que tienen ustés que desí es esto otro: "¡Más quemao que las Animas va ése!" Ea, echa pa alante ya. Hasta mañana, señoritos.

*Salud.*—Que ustés sigan güenos.

*Consolación.*—Vayan con Dios.

*Julio.*—Hasta mañana.

*Salud.*—Niña, ¿qué se dise?

*Rosita.*—Güenas tardes. (*Se va a la calle el regocijado matrimonio.*)

*Consolación.*—¡Pobre gente! ¡Bendita su alegría! (*Hace sonar distraidamente las teclas del piano.*)

*Julio.*—Oye.

*Consolación.*—¿Qué quieres?

*Julio.*—¿Para qué te llevó mi madre del jardín?

*Consolación.*—Porque quería hablarme.

*Julio.*—¿De mí, quizá?

*Consolación.*—De ti... y de otra cosa. Dice que está sorprendida... y contenta; que pareces otro.

*Julio.*—Pues soy el mismo.

*Consolación.*—Le llama la atención que pases tanto tiempo en la casa.

*Julio.*—¿Y a ti, te llama la atención?

*Consolación.*—Como no sé tus costumbres de antes...

*Julio.*—¿De antes... de qué?

*Consolación.*—De antes... de confundirte yo con Pacheco.

*Julio.*—Pues mis costumbres de entonces y de siempre,

## EL GENIO ALEGRE

y hasta mi sistema filosófico, consisten en vivir contento y en hacer la vida agradable y risueña. Allí donde puedo lograrlo, allí me estoy. Ahora le ha tocado a mi casa; pero es porque mi casa es otra; yo, no.

*Consolación.*—¡Si vieras lo que me gusta oírte hablar así!

*Julio.*—¿De veras?

*Consolación.*—Me enorgullece que por mí quieras a tu casa. Antes no la querías.

*Julio.*—Antes, no. Me parecía una cárcel, te soy franco.

*Consolación.*—Y a mí me encanta que las personas quieran a su casa. No te puedes imaginar la rabia que siento al hablar con cualquiera que no hable de su casa nunca. Tú sabes que hay personas así. Me pasó a mí con un señor, que después de tratarlo más de tres años, sin que ni por casualidad sacara a relucir su casa, ni a su gente, ni siquiera a su perro, acabé por encararme con él un día y por preguntarle: "Don Fulano, pero ¿usted vive en una palmera?"

*Julio.*—Y ¿qué contestó?

*Consolación.*—Que sí.

*Julio.*—Fra de esperar.

*Consolación.*—La casa es la mitad de la vida. Yo compadezco a los que no la tienen, y a los que tiemblan al llegar a la suya.

*Julio.*—Pues calcula tú lo que sería mi casa, regida por el criterio estrecho y antipático de don Eligio, a quien mi pobre madre tiene por el hombre más sabio de este mundo.

*Consolación.*—¡Infeliz don Eligio! Lo que te ocurre a ti con él es que lo has tomado entre ojos, y no quieres luchar. Enemigo más débil no he visto. Acabo de tener con él una escena conmovedora.

*Julio.*—¿Suplicándole que se quede?

*Consolación.*—Sí, para esto también me llamó tu madre. Casi ha llorado y casi se ha reído.

*Julio.*—¿Reírse? ¡No lo puedo creer!

*Consolación.*—¡Pobrecillo! A mí don Eligio me parece un eclipse de sol.

*Julio (Riéndose.)*—Explica eso.

*Consolación.*—Porque es la negación de la alegría. Esa luz pálida, esa sombra triste que proyectan las cosas, ese frío que se siente, ese temor de que el sol no vuelva...

*Julio.*—Tienes razón: todo eso es don Eligio.

*Consolación.*—En el último eclipse que yo vi, cuando volvió a brillar el sol, me eché a llorar como una tonta. ¡Tengo una lástima de los ciegos!...

*Julio.*—El sol, el sol bendito es el que contigo ha entrado en esta casa. Tú lo has traído de la mano..., o en los ojos; pero lo has traído. Tu alegría es la suya, prima Consolación: fuerte, sana, fecunda, generosa. A todos alcanza; a todos llega. Y llegó a esta casa, cerrada como sepulcro a toda luz, y alumbró con la suya hasta los últimos rincones. Y puertas y ventanas se abrieron para que entrase y saliese el aire de la vida; de la vida alegre, de la vida buena, de esta vida que se nos dió para que nosotros le demos digno y sabroso empleo.

*Consolación.*—Sigue, sigue hablándome así.

*Julio.*—Seguiré... diciéndote lo que nos decimos sin palabras a todas horas. Te quiero; me quieres. Me enamoraste el día aquel en que contabas que habían volteado la campana del Carmen, porque tenías el alma llena de alegría y querías llevársela de alguna manera a unos campesinos que trabajaban lejos. ¡Alegrar el trabajo de los hombres! ¡Bendita tú, que eres capaz de pensarlo y hacer-

## EL GENIO ALEGRE

109

lo! En aquel momento debí caer a tus pies de rodillas y decirte que te quería. Porque vi claro entonces que tu alma era grande, porque era alegre; que era buena, porque era alegre, y que tu alegría, bienhechora y fecunda, podría recoger toda la de mi alma, perdida, desparramada, estéril... Y mira cómo no me engañé.

*Consolación (Suspirando con amor satisfecho.)*—¡Ay! ¡Ya era hora!

*Julio.*—¿Qué dices?

*Consolación.*—¡Ya era hora de que te oyera yo decir todo eso!

*Julio.*—Consolación, pero ¿no lo sabías?

*Consolación.*—¿Sabes tú que te quiero?

*Julio.*—Sí.

*Consolación.*—Pues no te lo digo, y ya verás qué buen rato se pasa.

*Julio.*—¡Consolación!

*Consolación.*—Pero sí te lo digo. Te quiero... Bueno, primero, porque te quiero.

*Julio.*—¿Y después?

*Consolación.*—Después... porque a través de tu buen humor y de tus ligerezas, he adivinado el corazón de un hombre capaz de sentir todo eso que me has dicho, y capaz también de algo más que de tomar unas copas de vino con Chiribiqui o con Petaca. Y te quiero, además —voy a confesártelo todo—, porque no hay mujer a la que no le halague ser la última a quien quiera un hombre que ha querido a muchas.

*Julio.*—¡Qué tiene que ver!...

*Consolación.*—Por si tiene... y porque supongo que seré la última.

*Julio.*—¡La última! ¿Y si yo te dijese que la primera?

*Consolación.*—No lo creería.

*Julio.*—¡Pues por eso no te lo digo! Faltaba aquí la alegría del amor, y ya está entre nosotros. Somos y seremos felices.

*Consolación.*—Tenemos el deber de serlo.

*Julio.*—Mi casa, será nuestra casa; mi madre, será nuestra madre; mis hijos, serán nuestros hijos...

*Consolación.*—¡No faltaría más!

*Julio.*—Diez, doce, catorce, dieciséis...

*Consolación.*—¿Qué estás contando, loco? ¿Las macetas?

*Julio.*—¡Los hijos que tendremos!

*Consolación.*—¡Ave María Purísima!

*Julio.*—Y todos fuertes, sanos, limpios, alegres, amando la vida...

*Consolación.*—De eso me encargo yo. Antes de mandar a ninguno a la escuela, le preguntaré: "Niñito, ¿qué es lo mejor que hay en la vida?" Y cuando él me responda: "La vida", entonces lo mandaré a la escuela a que el maestro le enseñe paparruchas.

*Julio.*—¡Ja, ja, ja!

*Consolación.*—Así me educaron a mí; en esta alegría crecí yo. Recuerdo que mi padre, siempre que levantaba en alto una copa de vino —y esto era a menudo, porque le gustaba bebérsela después—, entre burlas y veras decía: "¡Alegrémonos de haber nacido!"

*Julio.*—¡Alegrémonos, sí! Si en mi vida no hubiera más que este momento, por él solo la bendeciría. (*A doña Sacramento, que sale.*) ¡Mamá!

*Doña Sacramento.*—¿Qué quieres?

*Julio.*—Ven aquí.

*Consolación.*—Tía, venga usted.

## EL GENIO ALEGRE

*Doña Sacramento.*—¿Qué quieres?

*Julio.*—Que estamos muy contentos, y hace falta que tú lo estés con nosotros. ¿Vámonos al campo los tres?

*Doña Sacramento.*—¿Ahora?

*Julio.*—Ahora, sí.

*Consolación.*—Vámonos.

*Julio.*—Anda, mamá, daremos un paseo; charlaremos de muchas cosas; te contaremos nuestros sueños, nuestra ventura...

*Doña Sacramento.*—Pero ¿os habéis vuelto locos?

*Consolación.*—Sí, tía Sacramento, y queremos que usted se vuelva también.

*Doña Sacramento.*—¿No basta con dos en la casa? ¿Para qué ha de haber tres?

*Julio.*—¡Para mantear entre todos a don Eligio!

*Doña Sacramento.*—¡Calla!

*Consolación.*—No le haga usted caso; éste está más loco que yo. (*Llamando.*) ¡Coralito! ¡Coralito! Suba usted, tía; suba usted a arreglarse. Coralito le ayudará. (*Baja Coralito.*)

*Doña Sacramento.*—¿Coralito?

*Consolación.*—Coralito, sí. Anda, Coralito, acompaña a la señora a su cuarto.

*Coralito.*—A la disposición de usted.

*Doña Sacramento (Entre confundida y gozosa.)*—¡Jesús, Jesús, Dios mío!... ¡Yo con Coralito de doncella!... ¡Este es el fin del mundo! (*Encaminase hacia la escalera. Coralito la sigue. Consolación y Julio se ríen de la inocente tribulación de la marquesa.*)

*Coralito (Viendo lo esponjada que está su señorita, le dirige al pasar a su lado esta breve pregunta.)*—¿Ya?

*Consolación.*—Ya.

*Coralito.*—¡Ay!... (En este momento sale Lucío de la casa de labor. Coralito lo ve y suelta un suspiro muy distinto del otro.) ¡Ay!... (Unese a doña Sacramento y sube la escalera con ella.)

*Lucío* (Bamboleando ligeramente el cuerpo, y en la seguridad de su triunfo, se arranca a decir su romance sin encomendarse a Dios ni al diablo.)

*Todas las flores der campo  
ze han puesto er traje de gala...*

*Julio.*—¿Qué dices tú?

*Lucío.*—¡Cayarze ahora! (Consolación y Julio lo escuchan sonriendo complacidos.)

*Todas las flores der campo  
ze han puesto er traje de gala,  
y también er zó ze ha puesto  
zu corona de oro y plata.  
En er cielo está la luna  
y laz estreyas más claras,  
y una alondra por loz aires  
va cantando estas palabras:  
A la puerta de un palacio  
yegó una roza lunaria,  
y er zeñorito don Julio  
ze enamoró de mirarla.  
Le dijo que la quería  
por hermosa y por cristina,  
y cya ze quitó una perla;  
le mandó que la guardara...  
Zalió... zalió...*

## EL GENIO ALEGRE

113

(Deteniéndose perplejo y acongojadísimo.) ¡Ze me ha orvidao! (Recordando de pronto y prosiguiendo lleno de alegría.)

*Zalió de la perla luego  
una mariposa blanca,  
y azín le dijo a don Julio  
volando por la armohada:  
Conzolación zerá tuya  
zi me cumples la palabra  
de que ziempre haz de quererla  
como a la Virgen zagrada.  
Y er zó ze vistió de oro,  
y la luna de oro y náca,  
y todos los ruinzeñores  
cantaron en la enramada.*

Esto de la enramada me lo ha puesto er procuraó. (Los enamorados sueltan francamente la risa. Lucío, animado, se ríe también.)

*Julio.*—Poeta, ve por tu sombrero, que vas a acompañarnos al campo, donde te coronaremos de espigas.

*Lucío.*—¡Ju, ju, ju! (Vase corriendo y riéndose.)

*Consolación.*—Y ¿adónde iremos, tú?

*Julio.*—Adonde tú quieras.

*Consolación.*—Pues déjate guiar, que acaso no conozcas el sitio donde voy a llevarte. ¿Has subido alguna vez al cerro de las Aguilas?

*Julio.*—Nunca.

*Consolación.*—Desde él se ve toda la vega; los huertos, los prados, los valles, la cinta del río, los pueblecillos del

contorno. Dejaremos a tu madre descansar a su falda y treparemos nosotros de la mano, monte arriba. Y ya en lo más alto, mirando al cielo, vamos a repetir gritando, para que tu madre desde abajo lo oiga, aquello que mi padre decía: "¡Alegrémonos de haber nacido!"

FIN DE LA COMEDIA